CIENCIA FICCIÓN

MISTERIO EN "UZ"

peter kapra



PETER KAPRA

Misterio en «Uz»

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 28.700 - 1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20. Barcelona

A soñadores, fantásticos y mitológicos, porque aquí pueden saciar su sed, con el afecto de

El Autor.

CAPÍTULO PRIMERO

Sir Walter Onsby podía sentirse satisfecho. Su lucha había terminado y ahora viajaba hacia «Uz» en un «delta» interplanetario, para dirigir la investigación más apasionante de su vida.

A su lado, angelical como un querubín, se sentaba la hermosa ayudante del Profesor, Colette Darre, atenta siempre a la rápida interpretación de los más nimios deseos de su jefe.

Con un «soni-ray» al oído, el científico estaba ensimismado en escuchar la grabación de su propio discurso ante el Parlamento Mundial. No lo había redactado él. Fue obra de Colette. Pese a ello, era magistral.

Onsby se deleitaba repitiendo, mentalmente, algunos pasajes de su alocución ante los sabios de la Tierra, reunidos en I.F.U. para escucharle:

«—La Humanidad no tuvo su origen en este planeta. Nuestros antepasados llegaron de un mundo, no distante e inexistente, cuando sobre nuestro suelo no habitaban más que animales salvajes.

»Dios hizo al hombre, ¡pero no aquí!

Esto había sido sensacional. Sir Walter se había podido recrear en la expectación de su ilustre auditorio, compuesto por los más preclaros talentos del mundo entero. Aquél había sido un gran día.

»—Yo lo puedo demostrar — continuó diciendo, seguro de sí mismo, erguido y solemne — ¡y lo demostraré, si me dais vuestro apoyo! Las huellas dejadas por nuestros antepasados están ahí. Las fotografías que os he mostrado fueron tomadas en Ceres y Vesta... ¡Y no existe la menor duda, pese a los milenios transcurridos, que esos dos planetoides formaron parte de un mundo común, del cual se desgajaron, a consecuencias, probablemente, de una intensísima explosión termonuclear, aunque no descarto una colisión interplanetaria!»

Aquello era la parte débil de su teoría. Y precisamente, lo que el Profesor Onsby se proponía explorar, constatar y aclarar.

—Profesor — habló Colette, de pronto.

—¿Eh? ¿Qué hay, Col? — se sorprendió el hombre de ciencia, desconectando el «soni-ray» y volviendo a la realidad del presente.

—Se ha encendido la luz verde. Estamos llegando a «Universaes Zeus».

—¡Oh, sí! Escuchaba el discurso, Col. Debo felicitarte por tu excelente escrito. ¿Qué haría yo sin ti?

La joven sonrió modestamente, a la vez que ajustaba los tensores de su asiento y luego los de su jefe.

El frenado del cohete espacial iba a ser brusco, como ya les habían advertido previamente.

Los cascos osciloscópicos se cerraron sobre sus cráneos, ajustándose suavemente. Un cerebro humano tenía que ser protegido con fluido magnético, a fin de conservar su equilibrio espacial.

El altoparlante de la cabina insonorizada empezó a dar instrucciones en aquel mismo instante:

—Ajusten los tensores en la posición «A», por favor... El casco debe acoplarse perfectamente. Primero el suctor frontal, luego los suctores temporales, por último el occipital... Brazos y piernas extendidas. ¡Por favor, respiren hondo!

Era preciso obedecer aquellas órdenes. El cohete espacial se iba a posar sobre una plataforma circular, donde giraría hasta perder su inercia. Estaban llegando a la nave cósmica ensamblada para realizar la expedición más audaz de la arqueología del espacio.

«Universaes Zeus» era el nombre que el propio Sir Walter Onsby había puesto a la base orbital que sondearía el Sistema Solar, siguiendo el enjambre de pequeños mundos silenciosos, a fin de reproducir sus formas en una maqueta planetaria y formar de este modo el Quinto Planeta Solar, cuyas características había estudiado él con tanto ahínco durante casi toda su vida.

«Ragnarök» había sido el nombre que puso Onsby al planeta desintegrado, y ahora, después de la aprobación por el Parlamento Mundial de I.F.U., aquella palabra de origen mítico-escandinavo, se pronunciaba en todas partes, difundida por las grandes cadenas informativas del Sistema, como si fuese algo mágico.

Científicamente, empero, «Ragnarök» era sinónimo de «Zeus». Y esto era obra de un famoso historiador italiano, Giovanni Jacchia, que impuso su criterio de que todos los planetas debían llevar nombres de la mitología griega, porque en Grecia pudo existir el primer «campus zeusiano» o campamento de astronautas llegados de «Zeus».

Sir Walter Onsby transigió en el nombre y su «Ragnarök» nórdico se convirtió en «Zeus». ¿Qué importaba? Seguramente, aquel planeta debió llamarse de otro modo.

¡Pero el fósil descubierto por Onsby, de morfología androide, estaba allí,

en el Museo Universal, cual roca humana y hombre petrificado, y sus miembros correspondían, exactamente, a los del hombre actual!

Onsby halló aquel singular y único vestigio en un estrato basáltico excavado en el planetoide Ceres, seis años antes. Su espectacular descubrimiento fue muy comentado y estudiado por eminentes paleontólogos y antropólogos.

Y fue el geólogo de fama universal, Maskelyne, quien fijó la fecha exacta en que murió el «Homo ceresaes»: ¡noventa y dos millones de años!

En el siglo XXII Segundo de la Era Atómico espacial, nadie podía sorprenderse de precisión tan severa. Procedimientos de «Cobalt-6» y «Titanio-12» habían sustituido al anticuado «Carbono-14» y de emisión radiante.

Maskelyne confirmaba la teoría de Sir Walter: Ceres había formado parte de un mundo desintegrado por causas que era preciso descubrir. Si se encontraba otro «Homo ceresaes» en Vesta, la prueba sería irrefutable. Sir Walter había demostrado que el valle de Lick, en Ceres, encajaba, casi perfectamente, en la cordillera Sorma, de Vesta. Y esto, que podía ser considerado una casualidad, estaba corroborado por otro hecho más significativo: era otro planetoide, también explorado por Onsby, Hygea, encajaba maravillosamente en los dos submundos citados.

Sir Walter Onsby no había podido, por falta de medios técnicos, continuar efectuando exploraciones.

En sus viajes gastó buena parte de su fortuna y, debido a ello, hubo de recurrir a la Comisión Técnica del Parlamento Mundial. Ahora, aprobado su proyecto y apoyado con medios públicos, el Profesor Onsby se disponía a explorar, científica y metódicamente, más de veinte mil asteroides y reunir las piezas de un rompecabezas esférico dispersas por el espacio.

La gran estación orbital «UZ», mandada por el «Space» Col. Wladimir Slater, una especie de naufragio espacial, aunque algo remozada y puesta al día, era la encargada de llevar a la expedición de Sir Walter Onsby a su extraño destino.

* * *

— ¡Esta expedición es un disparate, Jack! — gritó el «Space» Col. Wladimir Slater, pegando un golpazo sobre la mesa de cadmio—. ¡Un solemne, estúpido y absurdo disparate!

El «Space» Tte. Jack Bamik, de las Fuerzas Siderales, era moreno, de rostro inteligente y bien parecido; joven, como de unos treinta años, fuerte,

templado y sagaz. Debía serlo así, puesto que pocos hombres, a su edad, obtienen la graduación de «Space» Teniente, o sea con autoridad para mandar naves espaciales interplanetarias. Todos los navíos comerciales que surcaban las rutas Tierra-Luna estaban mandados por «Space» Tenientes con sueldos fabulosos.

Para navegar y dirigir naves de mayor tonelaje, pero dentro de los límites del Sistema Solar, era preciso ser «Space» Cpt. Y del Sistema sólo podían salir hombres de experiencia, con graduación de «Space» Mjr., Tte Col, o Col.

Jack Bamik había aceptado el puesto de segundo oficial de Wladimir Slater, a bordo de la estación orbital o sideral «UZ», por razones estrictamente científicas. El joven oficial era de los que creían en Sir Walter Onsby, mas no por que estuviese seguro de que la fabulosa teoría fuese cierta o no. Le habría gustado colaborar a la demostración palpable e innegable de la existencia del antiguo planeta desaparecido.

Muy en el fondo de sí mismo, y sin que ni él quisiera confesárselo, su interés era puramente sentimental. Había visto a la ayudante de Sir Walter Onsby, junto a su jefe, dando una conferencia, y el semblante aniñado de la joven le cautivó. Desde aquel momento anheló conocer a Colette Darre, y un accidente fortuito, que llevó a Jack a estrellarse con una nave militar, en una desértica región de la Luna, le dejó cesante.

Al salir del hospital, enojado con su mala suerte, Jack Bamik supo que buscaban un oficial para la «UZ». Supo también que aquel pecio orbital iba a ser acondicionado para realizar la extraña expedición del Profesor Onsby, y no vaciló, presentándose a Wladimir Slater y obteniendo el poco envidiado puesto de segundo oficial.

—Sí, Jack, perderemos el tiempo persiguiendo rocas por el espacio.

—Tal vez encontremos algo interesante. Usted sabe que siempre hemos esquivado esos feos meteoros.

—¿Piedras preciosas, Jack? — ironizó el Coronel Slater —. ¿O prefieres una gema en bruto del tamaño de un balón?

Un navegante entró en el puente, saludó y dijo:

—Señor, el cohete «delta» 234-H pide permiso para unirse a nosotros.

—Sí, ya sé, Ian... ¡Llega el famoso geocosmólogo, Sir Walter Onsby! — replicó Slater, con despecho—. Ya tenemos quien nos dé las órdenes.

—No debe usted tomárselo así, Col. — dijo Jack Bamik, con una sonrisa —. Sus órdenes no se discutirán en «UZ», señor. Es usted el jefe de noventa personas, entre los que destacan distinguidos hombres de ciencia.

—¡Basura, Jack; basura! Esos caballeros y señoras vienen aquí a disfrutar de una singladura espacial por cuenta del gobierno. Están cargados de manías

y caprichos... ¡Si no, ahí tiene a Wilhelm Kepteyn y su baño diario! ¡Nos quedaremos sin agua, pero el caballero ha de bañarse cada veinticuatro horas en agua templada!

»Y la doctora Carol Ritchey no está conforme con la clínica. Exige que sea renovado todo el material. ¿Qué esperaba esa hortera de esta base orbital desechada por inservible?

—Ha de tener usted paciencia con ellos, señor —medió Jack, pretendiendo apaciguar a su jefe, pero ávido de abandonar el puente para acudir a la estación receptora, a fin de dar la bienvenida a Sir Walter y a su fascinante compañera.

—¿Paciencia? ¡Claro que he de tener paciencia! —pareció rugir Wladimir Slater, volviendo a golpear la mesa y sacudiendo los mapas celestes de cadmio —. Callaré a todo. No pienso ni mezclarme con esos locos. Que gasten el agua, que charlen, den conferencias y formen un planeta de yeso... ¡Ocho toneladas de yeso, Jack! ¡Es inaudito!

»Se proponen reproducir, a escala, todos los «planequines» que encontremos a nuestro paso, mientras los geómetras, arqueólogos y paleontólogos, chiflados del pasado, buscan restos que jamás han existido.

—El «Homo ceresaes» es una realidad, Col. — objetó Jack.

—¡Paparruchas! ¡Es un esqueleto fósil sacado de alguna cantera terrestre! ¡A mí con ese cuento, no!

—Con su permiso, señor. Iré a recibir a Sir Walter Onsby — dijo Jack—. Y le sugiero que venga usted también. Podría molestarse si no acude usted.

—¡Brrr! Está bien. Iré a recibirle, porque es mi deber. Pero que no espere de mí ningún elogio ni cumplido.

El «Space» Col. Wladimir Slater, con las manos a la espalda, ataviado con su buzo plateado, según era reglamentario, pero con la cabeza descubierta, infringiendo el reglamento, salió del puente seguido de Jack Bamik, descendiendo la escalera automática que llevaba al nervio central de la base orbital.

Pese a los años que tenía aquella instalación, todo parecía nuevo, excepto los pisos de linóleo desgastados, que estaban siendo restaurados con plásticos metálicos.

Era una gran base circular, provista de un globo central, llamado nervio, en donde estaban los alojamientos y almacenes, así como talleres, laboratorios y salas de máquinas auxiliares. En caso de accidente, cerrándose los accesos al anillo exterior, en donde estaban los propulsores, hangares, máquinas y dependencias de la tripulación, se podía prescindir del anillo y navegar únicamente la esfera o nervio, separada ya del anillo externo, con lo que se

convertía en un satélite de ciento cincuenta metros de diámetro.

Antes de llamarse «Universaes Zeus», la base orbital se utilizó como laboratorio meteorológico, desde donde se controlaba el tiempo atmosférico de La Tierra. Pero desde que se instalaron las grandes antenas radiantes del Sol y la temperatura se hizo uniforme en todo el Sistema, obteniéndose el delicioso clima primaveral que sólo había perjudicado a la vegetación selvática y no a la doméstica, ubicada en «neoinvernaderos», la base quedó en desuso. Se habló de su desguace o desmantelamiento, cosa que jamás se llevó a efecto. Doce hombres permanecían allí seis meses al año, cuidando descuidadamente de su conservación, y ahora, al surgir la necesidad del viaje a la órbita de los planetoides, en una espectacular expedición científica, se volvía a utilizar.

Como en el espacio no llueve, ni hay vientos, ni polvo, excepto micrometeoros, la antigua estación meteorológica se encontraba en bastante buen uso. Técnicos y especialistas repasaron sus numerosos compartimentos, se taparon las brechas, sustituyendo planchas y cambiando remaches, y todo volvió a quedar casi como antes.

Empezaron a llegar naves, con materiales y tripulantes, científicos y equipos, y la vida renació en «UZ», como si el dios mitológico cuyo nombre llevaba la base orbital hubiese insuflado un soplo de vitalidad.

Era un gran acontecimiento para la vida social de «Universaes Zeus» la llegada del promotor e iniciador de la expedición, Sir Walter Onsby, que venía del viejo Londres, en donde tenía antiguos parientes nobles.

Posiblemente, el caballero de la antigua Albión desconfiaba de regresar alguna vez de su viaje por el espacio, dado que tenía cincuenta y seis años y la expedición se había calculado entre cinco y diez años. Si regresaba, estaría cansado. Sus hijos y parientes contaban en la hora de emprender un largo periplo por el espacio.

Y en la plataforma de llegada habían numerosos hombres de ciencia y navegantes libres de servicio, que iba a testimoniar su adhesión al sabio.

El primer jefe y segundo de «UZ», Slater y Bamik, llegaron a la plataforma de arribo, cuando el cohete «delta» interplanetario se detenía en su «vía magnética» y se levantaba la compuerta principal.

Una gran salva de aplausos invadió la plataforma al aparecer Sir Walter Onsby en la salida, seguido del «Space» Tte., comandante del «delta» de pasaje, un joven al que Jack Bamik conocía muy bien.

Aquel oficial, correctamente vestido con su buzo plateado, ¡iba conversando con Colette Darre, como si la gente que esperaba no le importase un poco ni un mucho!

¡Y Colette Darre, con su «bagaje» en la mano, sonreía!

Al ver esto, la punzada de los celos hirió a Jack, quien se acercó, haciendo uso de sus atribuciones de segundo oficial, saludó militarmente a Sir Walter, y luego dijo al oficial del «delta»:

—¡Hola, Harry, condenado bribón! ¡Preséntame a esta belleza!

Colette miró de reojo a Jack y declaró:

—No se moleste, Harry. Me molestan los negros.

Jack enrojeció. No era negro, ni le importaba serlo. Pero el insulto despectivo de Colette era manifiesto. Le rechazaba sin saber quién era ni lo que se proponía, como si fuese una diosa o hija preferida de Zeus.

—Lo siento, Jack. Has llegado tarde. Será mejor que te vuelvas en el «delta» y me dejes tu puesto aquí.

—Tú sí que has llegado tarde para eso, Harry. Como segundo oficial del «UZ», te doy una hora para repostar y abandonar la vía de llegada. Esperamos el último envío de mercancías.

Harry frunció el ceño.

—No tan aprisa, Jack. Somos amigos. Puedo permanecer aquí hasta mañana. Pasaré al hangar de repaso. He prometido a Colette Darre cenar con ella.

—Lo siento — reiteró Jack, inflexible—. No quiero extraños aquí.

—¿Es usted el comandante, caballero? — intervino Colette.

—Soy el segundo oficial.

—Entonces, retírese. Habiendo quien mande más que usted, no lo necesito para nada — dijo la joven, despectivamente, yendo en pos de Sir Walter, quien estaba estrechando manos calurosamente.

De lo que Colette habló con el sabio Profesor, pronto supo Jack por el «Space» Col. Wladimir Slater, quien le comunicó:

—El «delta» del Tte. Harry Gramp se quedará en el hangar de repaso hasta mañana, Jack... ¡Ah, la cabina contigua a la de Sir Walter ha de ser desalojada!

—Pero si está ocupada por el arqueólogo Peter Dugan — replicó Jack.

—No importa. Esa cabina ha de albergar un huésped inesperado y estremecedor.

—¿Qué?

—El cadáver petrificado del «Homo Ceresaes» ha venido en un ataúd de plomo. Y Sir Walter desea tenerlo cerca de él, para estudios y comprobaciones.

Jack Bamik no pudo evitar un estremecimiento.

Estaba disgustado por el chasco llevado con Colette, celoso de que Harry Gramp se quedase un día más, e hiciera compañía a la muchacha que tanto había anhelado conocer, y ahora, la noticia del pasajero de noventa y dos mil millones de años no contribuyó a ponerle de buen humor.

—Si fuese supersticioso diría que ese pasajero nos acarreará mala suerte, señor.

—Pero usted no es supersticioso, Jack.

— No, es cierto — admitió el segundo oficial—. Sin embargo, presiento algo siniestro.

—¿La muerte de Harry Gramp? — bromeó Wladimir Salter, que era un excelente observador.

Jack Bamik optó por retirarse sin contestar.

Se cuidó de instalar a los recién llegados, asignando una cabina a Colette, que ni siquiera obtuvo el agradecimiento de ella, pese a ser una de las mejores, y desalojó a un joven arqueólogo, llamado Peter Dugan, de su cabina, ocupada desde hacía varios días, para instalar allí el sarcófago plúmbeo de «algo» cuya explicación no se había encontrado.

Dugan no se molestó en absoluto, pero sintió deseos de abrir el sarcófago.

—¿Cree usted que podemos verlo? — preguntó Jack, sintiendo repulsión y atracción instintiva.

—Al Profesor no le puede molestar. Se trata de quitar los cuatro goznes... ¡Y veremos los restos de un ejemplar humano cuya civilización desapareció antes de nacer la nuestra!

—¡Increíble! — exclamó Jack, convencido de su exclamación.

—No existe ninguna duda respecto a eso, Tte. Bamik— replicó Dugan, con aire molesto.

—Supongo que no. Bueno, Sir Walter ahora con la junta de sabios sesudos. ¿Por qué no abrir y ver la momia?

—No es una momia, sino un fósil humanoide, perfectamente conservado. He visto el informe técnico y las fotografías de Sir Walter. Fue hallado en una capa estratificada de Ceres. Aquella capa corresponde exactamente a la época en que este ser debió vivir.

Mientras hablaba, Peter Dugan aflojó los cuatro goznes que cerraban la tapa, para luego alzar el tensor en forma de palanca. Y ante los ojos de Jack Bamik apareció el curioso esqueleto fosilizado de un ser que se mantenía rígido gracias a la piedra en donde parecía estar incrustado.

Vio la forma impresionante del cráneo y las cuencas de los ojos, rellenas de basalto, los dientes, la boca y las fosas auditivas. Sir Walter y sus colaboradores lo habían limpiado meticulosamente con herramientas especiales, dejando la forma de los huesos, unidos entre sí por la piedra. Se distinguían perfectamente los huesos, su forma, y estaba completo, sin que faltase ni siquiera una falange de los dedos.

—¡Es asombroso! Y pensar que esto fue un ser que vivió hace tantos miles de millones de años.

Jack Bamik parecía hipnotizado, mirando aquella calavera de piedra. No replicó. Y sintió como si más allá del tiempo, del espacio y en las regiones esotéricas de lo supra terrenal, algo estuviese devolviendo la vida al resto fósil.

—¿Qué hacen ustedes aquí? — exclamó la voz de Colette Darre, a espaldas de Jack y Peter Dugan.

El oficial se volvió en redondo. Se evadió en el acto de la impresión de vacío que le había asaltado y replicó, en el mismo tono agrio que se expresó ella:

—Soy responsable de todo cuanto llega a esta nave. Necesitaba saber lo que había ahí dentro. A bordo no se permiten drogas alucinógenas, ni armas, ni polizones.

— Lo siento, señorita — medió Peter Dugan—, le he pedido yo ver el fósil.

CAPÍTULO II

La víspera de la partida, en la sala central, el «Space» Col. Wladimir Slater ofreció una cena a todos los que estaban bajo su mando, tanto científicos como navegantes. Y fue Jack Bamik quien, como segundo oficial, se encargó de la distribución de los puestos, en torno a la gran mesa circular improvisada por los mecánicos de abordo para la fiesta.

Era obligado el banquete de partida. Todos ellos, hombres y mujeres, habían de permanecer juntos en la base orbital por un período de tiempo que se consideraba entre cinco y diez años. Era preciso conocerse, así como también era necesario que se explicase el motivo de la expedición, las funciones que se realizarían y cómo y quién debía realizarlas.

Para ello se habían preparado dos discursos esenciales. Primero hablaría el «Space» Col., jefe de la base, Wladimir Slater. Luego, lo haría el jefe técnico-científico, Profesor Sir Walter Onsby.

Y para soportar agradablemente aquel alud de palabras, sin caer en la modorra, Jack Bamik reservó su puesto entre las dos mujeres más jóvenes y bonitas de la expedición. A su derecha dispuso el sitio de Colette Darre, y a su izquierda reservó el de la doctora Carol Ritchey, una fascinante y turbadora pelirroja, de cabellos cortos, que era la encargada de la salud física y mental de toda la expedición.

Y, además de ojos claros, entre verdes y azul, Carol sólo tenía veintiséis años, habiendo ganado el puesto en reñida oposición a los pocos meses de graduarse como doctora en medicina general y espacial.

Colette no puso buena cara cuando el jefe de servicio le indicó su asiento junto a Jack. Ni se guardó un despectivo comentario:

—¡Vaya, estoy de suerte! ¡Me tocó el negro!

A la izquierda de Colette estaba Jack, y a su derecha, intencionadamente, aquél había colocado al sombrío y reservado historiador italiano, Giovanni Jacchia, que, pese a ser antagonista de Sir Walter Onsby, formaba parte de la expedición.

Colette no podía ver con buenos ojos al hombre que cambió el nombre de «Ragnarök», puesto por su jefe al planeta extinguido, por el de «Zeus», basándose en la mitología mediterránea de la antigüedad.

Pero, a fin de fastidiar a Jack, se enfrascó con él en una viva discusión.

Y el infortunado Jack no tuvo más remedio, pese a su maniobra, que enterarse de la buena salud de todos, en los bonitos y rojos labios de Carol Ritchey.

Se inició la cena, a base de hortalizas proteicas, en ensalada tártara, y el «Space» Col. Wladimir Slater, fue requerido para pronunciar su discurso.

A regañadientes, el jefe de navegantes se levantó y tomó el micrófono, para decir:

—A los que no pude saludar a su llegada a esta base orbital, hago llegar ahora mi más cordial saludo. A los que saludé, reitero el mismo. Considérenme un amigo. Soy tan universal como cualquiera de ustedes. Mi padre era americano; mi madre, rusa, y yo nací en Francia.

»Llevo muchos años navegando por el espacio y les supongo enterados de mi inmaculada hoja de servicios.

»Me ordenaron llevarles a perseguir peñascos... Esas piedras que siempre hemos eludido los navegantes. No será fácil y pueden ocurrir accidentes imprevistos. Mi experiencia del espacio está al servicio de todos ustedes. Consúltenme todos los problemas que tengan. Gustosamente les complaceré.

»Mañana emprendemos la gran aventura de la ciencia. Vamos a intentar desentrañar el pasado para encontrar el eslabón que nos falta en el origen del hombre. Loable empeño el del Profesor Sir Walter Onsby, que es el director técnico de esta expedición.

Jack Bamik susurró al oído de la doctora Ritchey:

—El «viejo» está haciendo un esfuerzo para mostrarse amable con el Profesor... ¡Pero rechina de dientes!

Carol sonrió. A diferencia de Colette, le gustaba el joven y apuesto oficial.

—¿No se llevan bien?

—A la fuerza.

Colette les miró de soslayo. Carol sonrió, a modo de disculpa.

—Es él, y no yo, quien les orientará en su trabajo — siguió diciendo Slater—. La responsabilidad de los trabajos a realizar en los pequeños mundos sin atmósfera que vamos a visitar, dependerá de Sir Walter Onsby.

»Mi responsabilidad es el orden interno, la navegación y la seguridad de todos ustedes a bordo del «Universaes Zeus», por cuyo éxito levanto mi copa.

Todos se pusieron en pie, brindando con Wladimir Slater.

Mientras bebían, Colette musitó al oído de Jack:

—Es indigno estar murmurando con la doctora Ritchey, mientras habla su propio jefe, «Space» Tte. Bamik.

—¿Le molesta, señorita Darre?

—Sí. Es una prueba de mala educación.

—Lo siento. Me duermo en los discursos.

Despectiva, Colette se volvió, para escuchar a su jefe, quien carraspeó antes de iniciar su discurso:

—Señoras y caballeros, colegas, amigos y colaboradores, estimados todos. Estamos aquí, la víspera de emprender este viaje hacia lo desconocido, celebrando la partida. Me siento un poco padre de todos ustedes. Yo no voy a lo desconocido. Regreso a unos mundos en donde he pasado gran parte de mi existencia, luchando en solitario por encontrar la huella de nuestros antepasados en «Ragnarök»...

—¡Querrá usted decir en Zeus, Profesor! — intervino el historiador Jacchia, secamente.

—¡Chisst! — siseó Jack Bamik, ganándose la primera mirada de simpatía de Colette, quien añadió:

—No interrumpa, por favor.

—¡La academia de ciencias astronómicas acordó llamar Zeus a cualquier clase de mundo que pudiera haber existido entre las órbitas de Marte y Júpiter! —insistió Giovanni Jacchia, obstinadamente.

—Perdón, estimado profesor — rectificó Sir Walter, con una sonrisa amplia—. No ha sido más que un «lapsus lingue». La academia llama Zeus a un planeta inexistente, cuyos restos vagan por el cosmos en confuso desorden. La historia se reserva el derecho de modificar ese nombre.

—¡Ha quedado bien claro el significado de Zeus!

—exclamó Jacchia, enrojeciendo.

—Pero la historia del mañana no está escrita aún... ¿Y por qué sus discípulos, mi estimado amigo, no han de llamar «Onsby» a lo que ahora se pretende llamar Zeus?

Hubieron risas y Giovanni Jacchia optó por callarse. Con ello, Sir Walter Onsby reanudó su discurso.

* * *

Con la partida se iniciaron los trabajos a bordo de la gran estación orbital, ahora convertida en astronave sideral, gracias a los propulsores radiales accionados por «magnetomiums» multitubulares, con lo que la velocidad orbital de «UZ» se hizo del orden de los ciento ochenta mil kilómetros por hora.

En pocos instantes, la esfera azul de La Tierra se empequeñeció en el

terciopelo estrellado del cielo, hasta convertirse en un punto casi invisible. El sol disminuyó de tamaño y la temperatura interior de la nave hubo de ser aumentada, así como el magnetismo artificial de la gravedad simulada, para que la vida abordo tuviese un ritmo parecido al del planeta de origen de todos ellos.

La singladura sería larga. Ya estaban formados los cuadros de trabajo y los horarios de ocupación y recreo. Se permitió a los pasajeros que visitasen toda la nave, a fin de familiarizarse con los pasillos, ascensores y dependencias. Incluso se realizaron simulacros de alarma, para que todos estuviesen al corriente de lo que debían hacer en diferentes situaciones que podían presentarse, tanto por impacto de meteoros como por evasión de atmósfera en determinados departamentos, incendios u otros siniestros.

El personal respondió bien a estos ejercicios. En las horas de descanso, filmoteca, biblioteca y gimnasios se veían muy concurridos. Los comedores trabajaban por turnos y el «Aerópago», como se llamaba el paseo de jardines artificiales, se veía siempre muy concurrido, tanto por navegantes libres de servicio, como por pasajeros ávidos de distracción y sensación de atmósfera terrestre.

Precisamente allí, en el «Aerópago», se encontró Jack Bamik con Colette Darre, una «tarde» de domingo. El geólogo Jean Lyttleton acompañaba a la ayudante de Sir Walter.

Jack venía paseando y saludando a derecha e izquierda, cuando Colette le llamó:

—¡Ah, Teniente Bamik!... Perdóneme, señor Lyttleton; debo hablar con el «Space» Tte. Bamik.

Seriamente, casi hosco, para ocultar su regocijo, Jack se detuvo y saludó, preguntando:

—¿En qué puedo servirla, señorita Darre?

Ella se le acercó y le tomó del brazo, apartándose de Jean Lyttleton, a quien miró de reojo.

—Debería estar prohibido abordo el utilizar los televisores a más de tres decibelios durante las horas de descanso... Perdone, era sólo un pretexto para librarme de ese hombre ¡Uf, qué pesado! Sólo sabe hablar de su trabajo, sus investigaciones, sus análisis. Y yo tengo bastante con las experiencias de Sir Walter, para soportar más tecnicismos en mis horas libres.

Jack sonrió.

—¿Prefiere más un negro que un sabio?

—Sé que está molesto conmigo, teniente Bamik. Yo también lo estaba con usted, por aquella intromisión con el teniente Gramp.

—Conocí a Harry en la escuela, hace quince años. Podía permitirme confianzas con él.

—Yo creí que... Bueno. Los hombres se meten mucho conmigo. Debo protegerme.

—Es natural. No es frecuente ver mujeres como usted.

—La doctora Ritchey no es fea y creo que usted no le cae mal.

—La doctora nos ha reconocido a todos por dentro y por fuera. Puedo permitirme el lujo de mostrarse indulgente con nosotros.

—La lástima es que usted no pueda reconocerla a ella, ¿verdad?

La pícara alusión de Colette hizo sonreír a Jack.

—En «UZ», pese a la seriedad de nuestra misión, no está prohibido el amor.

—¿Se justifica usted o se disculpa?

—¿Está usted celosa o sólo despechada? — replicó Jack, con idéntica mordacidad.

Colette soltó una alegre carcajada, deteniéndose y apoyándose en el «tronco de un árbol».

—¡Qué cómico! Cualquiera diría que me interesa su vida y a usted le interesa la mía.

—Podría ser — replicó Jack.

—¿Le intereso yo?

—La vi hace tiempo, en la pantalla tridimensional— confesó Jack, honestamente—. La encontré deliciosa y me dije que sería feliz si pudiera conocerla y tratarla. No imaginé nunca que fuese usted así.

—¿Así? ¿Cómo? — coqueteó ella.

—Tan hiriente.

—Ha debido confundirse usted, Jack. Soy más humana de lo que parezco.

—¡Pues lo disimula muy bien! Perdone, debo volver al puente. El Col. se ha de retirar a descansar.

Sin esperar respuesta, Jack se alejó a buen paso hacia la pista rodante, dejando a Colette con los labios fruncidos, resentida y molesta consigo misma.

* * *

Una semana más tarde, el «UZ» hizo su primera detención, cerca de un meteorito que parecía estar suspendido en el espacio. Jack pudo examinarlo de cerca, con ayuda del periscopio angular y luego a través de una pantalla de televisión telescópica. No era más que una roca brillante, no mayor de cien toneladas, cubierta de polvillo cósmico.

—Hay que clasificar eso en la nomenclatura — manifestó Slater —. La lancha de reconocimiento se acercará llevando a W. Kepteyn y a P. Dugan. El suboficial Kref y dos navegantes les acompañarán.

—Sí, señor — respondió Jack—. Daré las órdenes y nos situaremos en órbita paralela.

Se trataba de enviar un pequeño navío auxiliar, de reconocimiento, hasta el planetoide. Los geólogos efectuarían mediciones y señalización directa, «in situ», puesto que el número de aquellos reducidos mundos que debían visitar y reconocer era de más de veinte mil, y si no quedaban señalados, al cabo de algunos años de efectuar reconocimientos podían repetir las mediciones.

Este trabajo era rápido en los meteoros pequeños. El novio auxiliar circunvalaba el «objeto», fotografiándolo en círculo. De la foto, los modelistas harían la reproducción a escala. Los geólogos, con sus instrumentos sondas, analizaban y registraban la composición de la piedra y enviaban rayos «laser» a su interior, buscando otros materiales. Casi podían obtener una radiografía del planetoide con un procedimiento especial de rayos «beta», que luego analizaría una complicada máquina de laboratorio.

En caso de aparecer un fósil de aspecto humano en el interior del planetoide, éste sería «desenterrado» aunque hubiesen de emplear los arqueólogos y paleontólogos varias semanas en su difícil trabajo, siempre ejecutado en condiciones precarias de vacío absoluto, con atuendos de vacío y sujetos a cables de fibras metálicas, para que nadie pudiera convertirse en pecio espacial.

Aquel primer trabajo del «peñasco» orbital no reveló más que la composición de cuproníquel de que estaba compuesto, bajo la capa de polvillo cósmico, y la forma irregular y reducida del bloque, que fue reproducida a escala dentro del taller de escayolado.

Luego, «UZ» se aproximó a un pequeño mundo, que fue identificado inmediatamente como Hermes, de un tamaño bastante considerable, dado que se había clasificado entre los submundos del orden de 250 kilómetros de diámetro.

Casualmente, Sir Walter Onsby se encontraba en el puente con Jack cuando los vigías descubrieron la proximidad de Hermes.

— Estamos rigurosamente en órbita — indicó Jack, consultando sus mapas de cadmio—. A esta hora debíamos encontrar ese asteroide. ¿Cuánto

tiempo habremos de emplear en su reconocimiento, Sir Walter?

—Una semana... Tal vez más — replicó el arqueólogo—. Jamás he estado en Hermes anteriormente, aunque he visitado y explorado numerosos asteroides de tipo grande. Siempre me ha fascinado la forma irregular de estos pequeños mundos. De por sí, esa irregularidad es una prueba suficientemente clara de que forman parte de un antiguo y enorme planeta que se desintegró, dispersando al cosmos sus fragmentos.

Jack sonrió.

—La teoría es muy interesante, Sir Walter. Pero lo que usted se propone demostrar está más allá de las posibilidades humanas.

—¡No diga usted eso, teniente Bamik! — gritó Onsby—. Mi teoría está demostrada ya. La Comisión científica del Parlamento Mundial la ha aceptado.

—Como teoría, señor — insistió Jack—. Falta la demostración.

—He demostrado que Ceres y Vesta estuvieron unidos, como lo demuestran el valle de Lick y la cordillera Sorma. Hygea tiene una cara que ajusta perfectamente en esos dos mundos unidos. Y luego está el «Homo ceresaes». ¿O quiere usted desautorizar a Don Maskelyne?

—¡No, Dios me valga, señor! — se apresuró a replicar Jack—. No soy más que un humilde navegante del espacio.

Sir Walter Onsby miró al joven fijamente.

—He discutido mi trabajo con mucha gente, científicos y profanos. Siempre he aceptado el diálogo y la controversia, en la confianza, jamás satisfecha, de hallar algún punto de vista nuevo. No desespero, sin embargo, de que alguien aporte un dato cualquiera que me facilite la verdad.

»No soy de los que creen a pies juntos en sí mismo. Soy tan humano como usted y puedo estar equivocado. En mi teoría he trabajado más de cuarenta años. Yo recogí la idea de mis profesores. Fueron hombres del pasado los que apuntaron que ese enjambre de planetoides pudiera ser parte de los restos de un planeta desintegrado.

»Yo intenté encontrar el eslabón y creo haberlo logrado. De todas formas, cuando esta expedición haya terminado, quizás poseamos datos más aclaratorios.

—Usted supone que Zeus o «Ragnarök»...

—Zeus — dijo Sir Walter, sin resentimiento.

—Bien. Supone usted que fue un planeta surgido del Sol mucho antes que La Tierra.

—Exactamente. Y cuyas condiciones ambientales pudieron crear al hombre. La historia demuestra que el progreso de nuestra humanidad ha sido evolutivo. En Zeus nació el primer hombre y se extendió por los mundos del Sistema, llegando a La Tierra.

»Hurgando en nuestros mitos y en los restos arqueológicos hemos encontrado datos y pruebas que así lo confirman, aunque no lo demuestren. Los dibujos rupestres de las cuevas de Tesali, el Gran Templo del Sol, la plataforma de Neguid, etc., hablan de que, en el pasado, fuimos visitados por astronaves extraterrestres.

»Después, Zeus pudo sufrir un cataclismo y desaparecer. Pero sus astronautas ya tenían un mundo nuevo en donde crecer y multiplicarse. Naturalmente, aquellos primeros terrestres debieron pensar profundamente en las causas de la destrucción de su mundo.

»Yo también he pensado en eso y llego a la conclusión de que alguna conflagración atómica pudo ser la causa. Los supervivientes habrían de tener motivos sobrados para no desear una repetición del cataclismo. Y para evitarlo, ¿qué mejor que destruir todos los códices o libros de su ciencia, a fin de empezar de nuevo y demorar el progreso todo lo que pudieran?

—Es una teoría plausible — admitió Jack Bamik—, aunque la encuentro inconsistente.

—Usted es escéptico, Bamik. ¿Por qué el hombre ha de darse sólo en La Tierra? Somos una raza inteligente y nuestro planeta está poblado por numerosas especies que no lo son. La diferencia entre el hombre y los animales es notable.

»Dios nos hizo, de acuerdo, pero, ¿por qué habría de hacernos en La Tierra, cuando sabemos que todos los planetas del sistema tienen su origen en el Sol? ¿No procedemos, pues, de un núcleo central? Venus está deshabitado, al igual que Marte. ¿Por qué?

—No reúnen condiciones ambientales para nuestro desarrollo. Pero Marte pudo estar habitado hace millones de años.

—Lo ignoramos. Yo deseché estudiar en Marte el subsuelo, porque la atmósfera y la erosión lo ha modificado todo con el tiempo. Me atraía más la idea de la desaparición de Zeus. Incluso he llegado a pensar si Marte y nuestra Luna no podrían ser enormes fragmentos de Zeus.

»Veamos, Bamik. Si un planeta estalla, ¿qué ocurre?... Yo se lo diré: en el espacio, esos fragmentos son lanzados a enormes velocidades en todos sentidos. Pero existe una ley de gravitación universal, incluso para los fragmentos de un planeta desintegrado. Esos fragmentos entran a formar parte inmediatamente de leyes inmutables. Si la Luna fue «capturada» por la atracción de la Tierra...

—¿Y su esfericidad?

—¿Sabe usted cuál era el estado físico de la Luna cuando pudo ser atraída por La Tierra? Podía tratarse de una compacta masa de magna incandescente, o incluso ser una bola de agua que el tiempo ha solidificado.

—¡Eso es absurdo!

—No. El hierro fundido al dispersarse adquiere formas esféricas. Está comprobado. Sólo aquello que poseía estado sólido, o sea la corteza, al fragmentarse y salir despedido hacia el infinito, para entrar en una órbita de acuerdo con su tamaño y masa, quedó irregular.

»Y los pedruscos que forman el anillo de Saturno también pueden ser fragmentos de un satélite desintegrado. Es la mecánica celeste la que distribuye con eficacia las órbitas de esos mundos en miniatura.

»Y los que formaban parte de la corteza del desaparecido gigante Zeus todavía tienen la forma que la explosión les dio. Yo sólo pretendo reunirlos, reproducirlos a pequeña escala y recomponer la esfera sólida, uniendo las piezas de este rompecabezas disperso. Puede que me falten algunos trozos, dado que esas rocas siderales han podido caer sobre los planetas gigantes, destruyéndose. Pero aún quedan los suficientes para poder demostrar mi teoría... ¡Y encontraré sus ciudades y sus restos fósiles, y, quizás, pueda reconstruir su historia!

—Le deseo suerte, Sir Walter — musitó Bamik, confundido—. Y cuente usted con mi incondicional colaboración.

—Gracias, teniente — Sir Walter sonrió—. Puedo estar equivocado, pero necesito investigar para convencerme de que fue así... O que todo ha sido un sueño, y mi «Homo Ceresaes» no existe.

CAPÍTULO III

El asteroide Hermes fue circunvalado, mientras tres expediciones de científicos, abordo de pequeñas naves auxiliares, descendían sobre su irregular y accidentado suelo, a fin de examinar geológicamente sobre el terreno.

El propio Sir Walter Onsby formaba parte, con su ayudante Colette Barre, de una de aquellas exploraciones. Desembarcaron, en total, nueve personas. Iban provistos de equipos de vacío, radio comunicadores y sondas magnéticas.

Desde «UZ», la estación de seguimiento y radiolocalización estaba en contacto directo con ellos.

La exploración se había calculado en cuarenta y ocho horas, y durante las primeras veinticuatro todo transcurrió normalmente. Los informes iban llegando regularmente, sin novedad.

El «Space» Col. Wladimir Slater había dado orden de orbitar en torno a Hermes, del que se mantenían distanciados por ciento ochenta kilómetros. Y como un planeta más, Hermes tenía su zona diurna y su zona nocturna. Ambas, empero, eran siempre idénticas, debido a la ausencia de rotación.

Cuando pasaban ante la cara en sombras, «UZ» encendía sus luces espaciales, para apagarlas al salir el sol. Este período duraba unas dos horas, debido a la escasa velocidad que llevaba «UZ», considerado como «paro orbital».

Uno de los mensajes enviados por Colette decía:

»Les vemos en la noche como una estrella más. Estamos explorando la zona oscura. Sir Walter confía en encontrar aquí algo revelador. Recibimos con dificultad los mensajes del grupo «A», dirigido por Jean Lyttleton. ¿Los captan ustedes bien?

Jack Bamik se extrañó de esta pregunta de Colette.

Con Jean Lyttleton iban Raymond Willis y el historiador Giovanni Jacchia, y precisamente éste último era encargado de la radio. No era extraño, pues, que no tuviese interés en conversar con Sir Walter.

Sin embargo, Jack Bamik informó a su jefe de esta anomalía.

—Colette Darre informa que no recibe bien la comunicación con el grupo «C».

—¿Y nosotros?

—Sí. Su último mensaje fue hace una hora.

—Llame a Jacchia, Jack.

—Sí, señor.

Una pantalla visora comunicaba con el control de comunicaciones.

—Drexton, por favor — habló Jack—. Llama al grupo «C».

—Sí, Tte. Bamik. En seguida.

Jack esperó impaciente durante unos minutos, inclinado sobre la pantalla visora. Vio a Drexton, el suboficial de comunicaciones, y a sus dos ayudantes, manipulando los mandos, sin éxito.

—¿Qué, Drexton? — insistió Jack.

—Lo siento, señor. No responden.

—¡Es raro! ¿Qué ha podido pasarles? Insista en la llamada y póngase en contacto con «B». Diga a Kepteyn que intente llamar a Giovanni Jacchia.

Wladimir Slater se acercó a su segundo oficial.

—¿Ocurre algo?

—«C» no contesta. Presiento que fue un error enviar a Giovanni Jacchia con Raymond Willis y Jean Littleton. Ese historiador ya tiene cincuenta años.

—La doctora Ritchey le hizo un reconocimiento y le encontró en excelentes condiciones físicas.

—Lo sé. Es un hombre muy bien conservado. Pero no podemos esperar de él que se sienta atraído hacia Sir Walter. Son rivales.

—¡Bobadas, Jack! Tanto uno como otro se sentirían dichosos de encontrar algo en Hermes. Eso beneficiaría a la ciencia y no perjudicaría a ninguno. Jacchia insistió en venir en esta expedición para atestiguar históricamente lo que haya de cierto en la teoría de Onsby.

—Bueno, dejemos eso ahora —atajó Slater—. El grupo «C» puede estar en dificultades. Es mejor que vayamos a ver qué les ocurre. Irá usted mismo, Jack. Llévese al suboficial Kref y a la doctora Ritchey con la nave de auxilio médico.

—Sí, señor — respondió Jack, satisfecho.

* * *

Tomaron tierra en un llano bordeado de altas rocas, junto a las cuales, inmóvil, se encontraba la pequeña nave empleada por el grupo «C». Al abrir la compuerta, Jack fue el primero en saltar al suelo, pisando cautelosamente con sus recias botas magnéticas. El cinto de seguridad iba unido a Carol, que también vestía traje espacial y casco transparente. Detrás de la doctora salió el suboficial Kref, quien dijo:

—La nave está ahí. Pero, ¿hacia dónde han ido?

—Dirección sur — explicó Jack, que observó huellas en el polvillo del suelo—. Vamos hacia allá.

A su espalda, además del equipo de aire, Jack llevaba un radioemisor. El micrófono estaba situado ante su boca, adherido al casco, y sobre los oídos llevaba los auriculares. Podía comunicarse con sus compañeros por radio y hablar con la nave espacial, así como llamar a los otros grupos.

Llamó a Colette y obtuvo inmediata respuesta.

—Vamos a ver qué les ha ocurrido al Grupo «C». Sigan su ruta.

—¿Cómo está usted, Tte. Bamik? — preguntó Colette.

—Bien. ¿Sigue resentida conmigo?

—No, ¡por Dios! Me gustaría limar asperezas con usted. He pensado que dentro de diez años, cuando regresemos a la Tierra, no tendré muchas posibilidades con Harry Gramp. Una mujer de veinticuatro años, más diez, no debe hacerse muchas ilusiones.

Jack sonrió.

—¿Me alienta usted?

Jack se dio cuenta de que Carol Ritchey le estaba mirando severamente y cerró la comunicación con ella, para escuchar la respuesta de Colette, Carol le hizo señas con las manos.

Colette, por su parte, contestó:

—Le doy la posibilidad de tratarme más íntimamente, teniente Bamik. ¿Qué le parece si cenamos en mi cabina, cuando regresemos a «UZ»?

—Aceptado, Colette.

—Gracias. Te deseo suerte en tu conquista. Soy una mujer inasequible — terminó Colette, con una risa alegre y prometedora.

Jack hubo de cortar la conversación al recibir una llamada del grupo «B». Wilhelm Kepteyn, con voz trémula, informó:

—He captado una débil señal de socorro del profesor Jacchia.

—¿Le ha dicho dónde se encuentra?

—Dice que el suelo se resquebrajó, precipitándoles a una hendidura. Parece que están en apuros.

Jack informó a «UZ» y pidió otra nave de auxilio, a la vez que comunicaba con sus dos compañeros. Carol Ritchey exclamó, enojada:

—¡Es usted una criatura estúpida, teniente! ¡Estamos aquí en misión de

socorro y no tengo por qué aguantar sus devaneos con una coqueta!

—Lo siento, doctora. Déjelo. Vamos a ver si encontramos al grupo «C». Siguieron este camino.

Poco después, desde el espacio, una nave auxiliar se cernió sobre ellos, alejándose a escasa altura. Iba pilotada por un subteniente de navegación, llamado Arthur Bloomer, quien informó a Jack que seguía las huellas de Jacchia y su grupo.

A veces, las huellas se perdían en terreno duro y basáltico, donde no existía polvillo cósmico, por razones que nadie podía comprender. Esto dificultaba la búsqueda, pero era evidente que el grupo «C» había seguido la dirección sur, junto a las rocas que se alzaban hasta unos veinte metros a su derecha.

De pronto, Carol descubrió una hendidura en las rocas. Y vio huellas que indicaban claramente el cambio de dirección tomado por Jacchia, Lyttleton y Willis.

Se trataba de un estrecho desfiladero, de piedra áspera y negra y piso irregular, como una resquebrajadura producida por un seísmo, que dificultaba extraordinariamente el paso al grupo de auxilio dirigido por Jack Bamik.

—¿Por qué eligieron este camino? — preguntó Carol Ritchey, volviéndose a Jack, el cual se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Pero es extraño. Desde el lugar donde dejaron la nave hasta aquí nosotros hemos empleado menos de una hora. Ellos han estado veinticuatro.

—¿Están aquí cerca, acaso? — inquirió el suboficial Kref.

No estaban cerca, pero tampoco muy lejos. El paso se ensanchó, de pronto, apareciendo ante ellos algo así como el cráter de un volcán extinguido. Y cerca había un agujero sobre el terreno. Allí se veían perfectamente las huellas dejadas por el grupo «C», que terminaban, justamente, ante el agujero.

Alguien exclamó:

—¡Han debido caer ahí!

Jack apresuró el paso y se acercó, con precaución, al agujero. En aquel instante, el navío auxiliar del subteniente Bloomer evolucionaba sobre el lugar.

Jack vio el agujero oscuro y el declive que penetraba en el interior del planetoide.

—¿Qué es esto? — inquirió Carol, acercándose.

—Una trampa natural. Alguna antigua corriente de lava practicó ese túnel.

El techo no ha resistido el peso de tres hombres y se ha hundido. La altura no es como para hacerse daño. Pero si no tienen salida, deben estar ahí —explicó Jack—. Voy a descender... Kref, sujete bien la cuerda.

—Sí, señor.

Se preparó Jack para descender al negro agujero. La doctora Carol se retiró, cediendo la cuerda que estaba anudada a la anilla de su cinto. A unos cincuenta metros, el navío auxiliar de Bloomer se posaba suavemente sobre el cráter.

Jack descendió, perneando. A Kref se le escapó la cuerda, por el peso, y el Teniente cayó sentado sobre un montón de arcilla carbonizada, donde pudo ver huellas humanas. Había un declive que se perdía en el interior de la gruta.

—Esto parece el lecho subterráneo de un río de lava — informó Jack por radio, al levantarse y zafarse de la cuerda.

—¿Se ha hecho usted daño, teniente? — preguntó Kref.

—No, nada en absoluto. Voy a descender a ver si encuentro al historiador Jacchia.

—Tenga cuidado, teniente — recomendó Kref.

Jack encendió la lámpara auxiliar que llevaba en uno de los bolsillos externos de su traje de vacío. La potente luz blanca disipó la oscuridad del pasadizo. Sobre el polvo negro del suelo vio las huellas de las pisadas de tres hombres. Era evidente que Jacchia, Lyttleton y Raymond Willis cayeron, unos arrastrados por los otros, pero quisieron explorar el lugar, prueba de que no se habían hecho daño.

Sin embargo, Jack no fue muy lejos. De pronto encontró el camino obstruido por un desprendimiento de rocas, ¡entre las cuales vio surgir una bota magnética e inmóvil.

Al pretender retirar las rocas, el polvillo negro se desprendió del techo, anunciando el peligro de un nuevo derrumbamiento. Era evidente que al hundirse el techo, alguno de los miembros del grupo «C» habían quedado aprisionados.

—¡He encontrado a alguien! — exclamó Jack, por radio —. Necesito ayuda. Han quedado sepultados bajo un desprendimiento de rocas.

—¡Vamos en su ayuda, teniente! — respondió Kref —. El subteniente Bloomer está aquí también.

—Necesitaremos algunos puntales para sujetar el techo. Hay que retirar los escombros... ¡Avisad al Col. Slater!

* * *

Un equipo de salvamento acudió a la apremiante llamada de Jack. Se emplearon soportes metálicos y se trabajó con ahínco, hasta que se extrajo el cadáver de Raymond Willis, cuya muerte debió ser instantánea, a consecuencia del aplastamiento de su casco y cráneo.

Nada se podía hacer por él. Llevaba varias horas muerto.

También se encontró a Jean Lyttleton, muerto por asfixia, bajo varias toneladas de tierra carbónica. La cuerda que le debía unir a Giovanni Jacchia terminaba en él, como si el historiador se hubiese separado de ellos, antes de producirse el hundimiento.

Gracias a la ayuda de los soportes, se pudo franquear el paso, encontrándose en una galería más ancha, con varias bifurcaciones. Allí estaba la radio que Jacchia se debió quitar de la espalda, al quedarse solo. Su cuerpo no se había encontrado, lo cual indicaba que el desprendimiento se produjo cuando él había pasado.

Era posible que estuviese en una de aquellas galerías. El polvo del suelo mostraba perfectamente sus huellas, Jack, Bloomer y otros las siguieron, penetrando por otra fisura irregular, que, de pronto se convirtió en un túnel perfectamente cuadrado y de oxidadas paredes, que, al ser tocadas, se convertían en polvo.

Jack se detuvo, volviéndose a Bloomer y la doctora Ritchey. Tenían todos los ojos desmesuradamente abiertos.

—Este túnel no parece obra de la naturaleza... ¡Hemos hecho un importante descubrimiento!

La voz de Giovanni Jacchia llegó hasta ellos en aquel momento, gritando:

—¿Dónde están ustedes? ¡Les oigo!

—¿Y usted, doctor Jacchia? — preguntó Jack.

—¡Aquí, en lo que Sir Walter llamaría una sala de máquinas enteramente oxidadas por el tiempo!

—¿Cómo puede ser esto, si en Hermes no existe aire?

—Se habrá disipado ya. Pero lo hubo... ¡Y tengo el testimonio de la civilización que existió en este lugar! ¡Avancen por el túnel! Yo derribé la puerta con solo tocarla.

Jack casi corrió, seguido de sus demás compañeros. Las luces que empuñaban disipaban las tinieblas del túnel. Y no tardaron en ver la nave, sostenida aún por pilares de piedra... ¡Y al doctor Jacchia, arrodillado ante una de las curiosas y antiquísimas máquinas que invadían el lugar!

—¡No tocad nada! — gritó el italiano —. Se deshace todo con solo

tocarlo.

Era un espectáculo impresionante lo que había allí. Formas extrañas en lo que parecía una sala de máquinas de extraordinario diseño. Todo, empero, estaba materialmente destruido por el tiempo. El color ocre del óxido lo dominaba por completo.

—Hay vestigios de seres humanos en el suelo, pero totalmente convertidos en polvillo... ¡Mire estas formas!

Jack Bamik se acercó a donde señalaba Giovanni Jacchia y, efectivamente, sobre el polvo del suelo parecía verse la silueta de un esqueleto pulverizado.

—Estas manchas pardas corresponden a las ropas que debían llevar estos seres, de morfología semejante a la nuestra. Este hallazgo es más importante que todos los realizados hasta la fecha — habló Jacchia, con entusiasmo—. Es el primer vestigio racional de civilización técnica.

—Esto debe corresponder a una sala de máquinas destinada a producir algo. ¿Qué tiempo calcula usted que puede tener esto?

—Miles de millones de años — replicó Jacchia.

—Hemos de llamar a Sir Walter. ¿Qué les ocurrió a ustedes?

—Se nos hundió el piso y caímos en la galería por la que supongo que han penetrado ustedes — replicó Jacchia—. No nos ocurrió nada. Yo me adelanté y ellos me siguieron. Se debió desplomar el techo, sepultándoles. Al mismo tiempo, quedé bloqueado y no pude utilizar la radio. Intenté llamar, pidiendo auxilio, pero la masa de carbón debía ser muy grande y se oponía a las ondas.

«Luego encontré esto. ¿No es maravilloso?

—Asombroso — intervino la doctora Ritchey—. Cuando Sir Walter vea esto saltará de alegría. ¿Quién iba a pensar que la casualidad iba a llevarnos a este formidable descubrimiento?

Jack hizo retirarse al grupo de auxilio, quedándose él y Jacchia allí, acompañados de Carol. Con sumo cuidado, tomaron fotografías del lugar y contaron los vestigios de restos humanos. Había exactamente diez huellas de cuerpos convertidos en polvo. Las piezas metálicas que debían llevar consigo cuando encontraron la muerte, que debió ser súbita y fulminante, se confundían con el polvo de los huesos, por su coloración.

—Algún cataclismo sorprendió a esta gente trabajando ante estas máquinas — estimó Jacchia—. Murieron donde estaban. Es innegable. Fuese por fuego atómico o por un cataclismo que destruyó todo el planeta. Y ahí quedaron.

—¿Qué hacían? — preguntó Carol.

—Trabajaban. Esto podía ser una fábrica o una estación eléctrica. No creo que lo sepamos nunca porque las inscripciones se han borrado.

—No del todo —dijo Carol—. Aquí puede verse el relieve de algo parecido a letras, sobre la superficie de este tablero.

Jack Bamik se apresuró a tomar fotografías de aquellos guarismos ilegibles y confusos. Luego, decidieron abandonarlo todo tal y como estaba para salir al exterior e informar ampliamente a la nave orbital. Aquel descubrimiento significaba mucho.

Jack Bamik ordenó a todos que abandonaran los túneles. Los cadáveres de Lyttleton y Willis habían sido sacados al exterior y llevados a una nave auxiliar. Otra nave, en la que viajaba el grupo «A» llegaba en aquel momento. Jack acudía a dar la bienvenida a Sir Walter Onsby y felicitarle por el éxito, cuando se oyó una explosión subterránea y el suelo pareció temblar.

Se volvió, alarmado, y preguntó a Arthur Bloomer:

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, Teniente Bamik. Parece proceder de allá abajo.

—¡Vaya a ver lo que ha ocurrido!

El nerviosismo de todos era natural y lógico. Los hombres llegados en las naves de auxilio querían regresar cuanto antes a «UZ». Dos muertos era un mal presagio, aunque estuviesen acompañados de un importante descubrimiento arqueológico.

Por otra parte, el «Space» Col. Wladimir Slater quería informes inmediatos de lo ocurrido y exigió a Jack que regresase inmediatamente a la nave.

—Sí, señor. Dejo aquí a Sir Walter y regreso sin pérdida de tiempo. Los hallazgos son importantes y confirman plenamente la teoría de Sir Walter —replicó Jack.

—Le felicito, pero yo tengo la responsabilidad de todos cuantos formamos la expedición y no quiero más víctimas. Por lo tanto, regrese e infórmeme.

Jack fue a ver a Sir Walter y le explicó todo lo que había ocurrido. En aquel instante regresó el subteniente Bloomer, acompañado del suboficial Kref.

—¡La galería se ha vuelto a hundir, Teniente Bamik! ¡Se trata de un terreno muy inestable, el cual estamos sobrecargando con navíos de auxilio personal!

—Ordene la evacuación inmediata. Regresamos todos a «Uz» — dijo Jack, terminante.

—¡No puede usted hacer eso, Tte. Bamik! —se opuso Sir Walter—. La investigación científica es cosa nuestra.

—Siempre que no corramos el menor peligro. Escuche, Sir Walter. Tenemos material fotográfico para examinar. Ese lugar no se marcha de aquí. Regresemos, pues, a la nave orbital y que el Col. disponga lo que es conveniente hacer. Yo estimo que este terreno ofrece peligro y ordeno el regreso inmediato a todos.

—Se está excediendo, Tte. Bamik — insistió el Profesor Onsby.

Colette Darre medió con su jefe.

—Por favor, Sir Walter. Creo que el teniente tiene razón. No es preciso arriesgar la vida de todos. Estudiaremos los informes y podemos decidir. No hay prisa.

—Está bien. Regresemos a la nave — accedió Sir Walter, al fin—. Pero arreglaremos esto de una vez para siempre. Los navegantes no deben inmiscuirse con los científicos para nada. Realizamos misiones completamente distintas.

Los grupos de reconocimiento y de auxilio regresaron a la nave espacial, donde Sir Walter sostuvo una airada discusión con Wladimir Slater, en la que profirieron palabras altisonantes y amenazadoras.

Mientras aguardaba al término de la airada discusión, Colette Darre llamó a Jack desde su cabina. Al ver su demudado semblante, Jack se alarmó.

—¿Qué ocurre, señorita Darre?

—¡Ven a la cabina de Sir Walter, pronto! ¡Alguien se ha llevado el «Homo ceresaes» y el sarcófago está abierto y vacío!

—¡Eso no puede ser!

—¡Presiento que algo terrible va a suceder! — exclamó Colette, trémula —. Ven pronto, Jack. Tengo un miedo cerval.

CAPÍTULO IV

Efectivamente, Jack encontró el sarcófago de plomo enteramente vacío. Alguien se había llevado al «Homo ceresaes» descubierto por Sir Walter.

— Se ha ido —musitó Colette, asiendo el brazo de Jack y hundiendo sus dedos en él.

—¿Quién se ha ido? — preguntó Jack, extrañado, volviéndose.

—El «Homo» —replicó Colette, muy seria, mirando a Jack con ojos extrañamente abiertos, como si estuviese hipnotizada.

—¿Qué tonterías dices? ¿Cómo se ha podido ir?

—Ha abierto la caja y se ha marchado. Ha debido volver a la tierra de la cual procede y de donde Sir Walter no debió arrancarlo.

—¿Estás loca?

Colette retrocedió hacia la puerta de la cabina. Parecía transfigurada.

—Es cierto. Es la venganza de los «zeusianos». Desean descansar en paz. No tenemos derecho a desenterrar sus restos, después de tantos millones de años.

—Realizamos una investigación científica.

—¡Ellos se vengarán, Jack! ¡Y yo no quiero morir, ni que mueras tú! ¡He comprendido que te quiero y te necesito, Jack! ¡No te vayas de aquí!

Colette saltó hacia atrás, franqueó la puerta de la cabina museo de Sir Walter y la cerró, por fuera, corriendo uno de los pestillos magnéticos de seguridad.

Furioso, Jack saltó y empezó a aporrear la puerta, gritando:

—¡Abre, Colette! ¿Qué te propones? ¡Abre te he dicho!

Las paredes de acero de la cabina ajustaban perfectamente. La puerta también cerraba herméticamente. Y Jack se lastimó los puños, llamando inútilmente. Nadie podía oírle. Además, aquella cabina auxiliar no disponía de visófono ni otro medio de comunicación.

La puerta que daba a la cabina de Sir Walter también estaba cerrada por fuera.

Jack comprendió que Colette le había atraído a una trampa, con el fin de encerrarle allí dentro. Posiblemente, ella misma había retirado del sarcófago los restos fósiles del «Homo ceresaes». Sólo podía ser una estúpida broma.

Pero Jack no estaba para bromas en aquel instante. Las muertes de Raymond Willis y Jean Lyttleton le habían afectado mucho. El Col. Slater

estaba discutiendo con Sir Walter y podía acontecer algo imprevisto.

Volvió a llamar sobre la puerta, sin éxito.

Colette estaba loca. Había dicho una serie de disparates sin sentido y su acto obedecía a la irreflexión. Jack contaba, empero, que ella volviese, una vez pasado su arrebato. Si no volvía a sacarle de allí, lo haría Sir Walter u otro. Wladimir Slater también tenía que hablarle y le echaría de menos.

Por este motivo, Jack se sentó sobre una de las cajas de material que Sir Walter había depositado en su cabina-museo, y registró los bolsillos de su buzo, encontrando pastillas tranquilizantes.

Pero el tiempo se hizo interminable y nadie venía a sacarle de allí. Sería su impaciencia, puesto que no llevaba reloj, pero el tiempo que creyó permanecer encerrado allí era excesivo. Repitió sus llamadas, sin éxito.

Al fin, la puerta se abrió bruscamente, apareciendo el subteniente Arthur Bloomer, cuyo rostro parecía una máscara de tensión que se relajó con un gesto casi histérico.

—Gracias a Dios — murmuró Bloomer.

Se fijó Jack que el subteniente llevaba una pistola desintegrante en la mano derecha.

—¡Eso digo yo! —barbotó Jack—. ¿Por qué no han venido antes a sacarme de aquí?

—Ignoraba que estuviese aquí encerrado, Tte. Bamik.

Jack salió al pasillo, furioso.

—¿Dónde está la señorita Darre?

—En la enfermería, sin conocimiento. Fue atacada al mismo tiempo que el Col. Slater...

—¿Cómo? — gritó Jack, en el límite del asombro.

—¡El «Space» Col. Wladimir Slater ha muerto, teniente!

Jack se contrajo como si hubiese recibido una descarga eléctrica de alto voltaje. Bizqueó, miró a su subordinado y repitió, estúpidamente:

—¿Muerto?

—Sí... Asesinado por el «Hombre de Piedra».

Jack Bamik tragó saliva rápidamente y agarró a

Bloomer de los hombros, sacudiéndole.

—No siga diciendo tonterías. Responda a una pregunta. ¿Está en su sano juicio?

—Sí, teniente. Soy el menos afectado. Los hombres están reunidos en la sala del antepuente, armados. No quieren moverse de allí. En el laboratorio están los científicos, discutiendo acaloradamente. Todos preguntaban por usted. Por eso yo le he buscado. Tenía que informarle. Lo que ocurre a bordo de «UZ» es increíble. Yo no lo creo, pero ellos lo han visto... ¡Un esqueleto fosilizado, moviéndose por los pasillos!

—¡Nooo! —chilló Jack—. ¡Eso no puede ser!

—Lo es, señor. La caja registradora del puente ha filmado la aparición del «Hombre de Piedra». Puede usted verlo. Se acercó al Col. que había quedado inmóvil, aterrado, y le apretó el cuello con sus dedos óseos. La señorita Colette estaba allí, chillando y diciendo cosas espantosas, como si hubiese tenido una visión.

«No he podido evitar que Ian y otros vean la grabación y la hayan divulgado. Hay pánico, señor. No sé lo que va a ocurrir.

—Imposible, Arthur. Vamos al puente. Hablaré con los navegantes y con los científicos. Quiero ver al Col.

—Está en el depósito de la enfermería. La doctora Ritchey me ha dicho que murió estrangulado, pero con ayuda del terror, y es posible que la señorita Darre se haya vuelto loca de la impresión.

Jack ya no escuchaba. Arrebató el arma desintegrante a Bloomer, por si el loco era él, y se dirigió hacia el puente, encontrándose escaleras neumáticas y pistas rodantes paralizadas.

¿Qué ocurre? ¿Por qué no funciona todo esto?

—Los mecánicos están reunidos con los navegantes. Piden que regresemos a la Tierra sin pérdida de tiempo, pero que no moverán un solo dedo para continuar adelante.

—¡Eso ya lo veremos! — rugió Jack, quien, debido al paro de los mecanismos rodantes, tardó más de quince minutos en llegar al puente, en cuya antesala se encontraban más de una veintena de navegantes.

El suboficial Kref se encontraba allí y parecía dirigir a los demás. Él fue quien, al ver a Jack, avanzó y dijo:

—En una situación como la presente, esperábamos de usted una actitud más correcta, señor.

—¿Qué quiere decir, Kref? — retrucó Jack.

—Los hombres creen que se ha escondido usted.

Jack no pudo soportar aquel insulto y agarró a

Kref de la pechera, furioso y despidiendo chispas por los ojos.

—¡Es usted un estúpido, Kref! ¡Debería aplastarle la nariz por lo que ha dicho, y lo haré si vuelve a reprocharme algo! ¿Por qué no se han preocupado de buscarme? ¡He permanecido encerrado contra mi voluntad en el museo de Sir Walter Onsby, de donde me ha sacado el subteniente Bloomer!

»¿Qué es lo que ocurre aquí? ¡Hablad!

—La señorita Darre se ha vuelto loca de terror — dijo Kref—. Y el Col. está muerto. Queremos regresar a la Tierra antes de que ocurran más muertes.

—¡No! — rugió Jack—. Si el Col. ha muerto, un fósil no ha podido matarle.

—¡Ahí tiene usted la grabación! ¡Véala con sus propios ojos, Tte. Bamik! — gritó el navegante Ian Jacob.

—Examinaré la grabación. Pero también impondré la disciplina. Tomo el mando de la «UZ», de acuerdo con las ordenanzas espaciales. Me debéis obediencia absoluta. Y el que no cumpla, será castigado con el código del espacio. Subteniente Bloomer, usted será el segundo oficial.

—Sí, señor.

—Haga que los hombres vuelvan a sus puestos. Cuando haya examinado la situación le cursaré mis instrucciones.

—Sí, señor.

—¿Dónde está el suboficial Drexton?

—Se encuentra en la sala de comunicaciones, señor — replicó Arthur Bloomer.

—Vaya a verle y dígale que debe comunicar a la base lo ocurrido. Redacte usted mismo un informe y cúrselo. Luego venga a verme al puente, Bloomer.

La autoridad de Jack empezó a causar efecto. Todos los allí reunidos eran hombres habituados a la obediencia. El pánico, ante los sucesos ocurridos, había aumentado al perder al jefe de navegación y no encontrar al segundo oficial.

Ahora, Jack impuso la disciplina y, en grupos, los hombres abandonaron el antepuente, regresando a sus puestos.

Por su parte, Jack se hizo reproducir la grabación filmada de la escena en la que murió Wladimir Slater. Lo vieron sus ojos y no pudo creerlo.

Ian Jacob proyectó la dantesca imagen en una pantalla pancromática. En primer lugar, dentro de la panorámica del puente, se vio a Colette Darre discutiendo acaloradamente con Wladimir Slater. La joven, con el rostro descompuesto, decía:

«—Hemos de regresar a la Tierra, Col. ¡No haga usted caso a Sir Walter! ¡Yo le conozco bien! ¡Nos amenaza un terrible peligro!

»— ¿Qué dice usted? Lo ocurrido en el asteroide ha sido un accidente...

»— ¡No! ¡Es la venganza de los «zeusianos»! ¡Sus espíritus no quieren que desvelemos el secreto del tiempo!

Colette había agarrado a Slater del brazo.

»—¿Dónde está el Tte. Bamik? — gritó Slater, volviendo el rostro.»

En aquel instante se abrió la puerta y Jack, al ver lo que apareció en la pantalla, no pudo evitar un convulsivo estremecimiento. ¡Allí estaba el «Homo ceresaes», rígido, pero viviente!

Slater emitió un grito. Colette se volvió y chilló con toda la fuerza de sus pulmones, cayendo de rodillas, mientras el «monstruo», o lo que fuese, avanzaba despacio.

Ante la pantalla que reproducía la horrible escena, Jack retrocedió. A su lado, Ian Jacob y otros navegantes temblaron.

El «Homo ceresaes» avanzó hacia Slater y extendió sus brazos. El «Space» Col. parecía haber perdido el dominio de sí mismo, incapaz de moverse. Los huesos petrificados se movieron, ciñéndose al cuello del veterano navegante del espacio oprimiéndole.

—¡Dios mío! —exclamó Jack—. ¡Corte, Ian!

El navegante interrumpió la reproducción de la imagen y la pantalla quedó oscura.

—¿Está convencido ahora? — preguntó Ian.

Un timbre de alarma impidió contestar a Jack, quien reaccionó vivamente, mirando hacia el tablero de señalización de la nave.

—¡Fuego en la sala de comunicaciones! — gritó una voz, aterrada.

Jack saltó hacia el panel de instrumentos y presionó varios conmutadores, mientras decía:

—¡Brigada contraincendios en la sala de comunicaciones! ¡Informe, Bloomer!

La voz de Bloomer llegó a través de un altavoz, diciendo:

—He estado a punto de perecer, señor. La puerta de comunicaciones estaba cerrada por fuera. Alguien había colocado el cerrojo magnético de seguridad, igual que hicieron con usted. Lo retiré y abrí. Apenas tuve tiempo de saltar de costado, porque una bocanada de humo y llamas surgieron.

»No ha debido quedar nadie con vida dentro de ese homo, señor.

—¡Utilicen la espuma de vidrio y el sodio!

—Sí, señor.

Jack abandonó el puente y corrió por la rampa hacia el lugar en donde se encontraba la sala de comunicaciones. Hubo de subir por una escalera automática, que no funcionaba. Algunos hombres de la brigada contraincendios habían llegado ya y atacaban las llamas con sus tubos metálicos, de los que surgían chorros de espuma blanca. El pasillo estaba invadido de humo y por ello se habían colocado todos los cascos a la cabeza. Jack hizo lo mismo, cerrando la palometa de ajuste.

Vio a Arthur Bloomer dando órdenes. Un hombre, vestido con el buzo antitérmico pretendía entrar dentro de la sala de comunicaciones. Sus compañeros le rociaban de espuma.

—¿Cuántos hombres había dentro? — preguntó Jack, acercándose.

—Seis, contando al suboficial Drexton.

—¡Es imposible que haya alguien vivo! ¡Eso debía ser un homo!

La rápida actuación de la brigada contraincendios pronto sofocó las llamas. Se llenó la cabina de espuma y se pudo entrar, comprobándose que no había nadie con vida allí dentro. Los seis encargados de las comunicaciones habían muerto. Pero, además, todos los aparatos habían quedado destruidos.

Desde la entrada, contemplando aquella devastación, Jack comentó:

—Esto ha sido un sabotaje premeditado y criminal. Pero el culpable habrá de responder de sus actos.

—¡Sólo ha podido ser el «Hombre de Piedra»! — exclamó Arthur Bloomer, medrosamente.

—¡No! — gritó Jack, fuera de sí—. ¡Yo no puedo creer que ese objeto inanimado sea capaz de matar a nadie!

—¿No ha visto la grabación?

—La he visto. ¡Pero no lo creo!

* * *

Jack Bamik irrumpió en la sala de reuniones, donde se encontraban los hombres de ciencia de la expedición, discutiendo acaloradamente. Al verle, todos callaron, sorprendidos.

Sir Walter Onsby se le acercó, diciendo:

—Temíamos que le hubiese ocurrido algo, teniente Bamik.

—Si hubiese acudido usted a su cabina, me habría encontrado. Fui encerrado allí por su ayudante, la señorita Darre.

—¿Colette le encerró?

—Sí. Me llamo diciéndome que el «Homo ceresaes» había desaparecido.

—¡Es lo más insólito e increíble que he oído jamás! — atajó Sir Walter —. Yo digo que no puede ser cierto. Alguien nos hace objeto de una grotesca broma.

—¡De un acto criminal, no de una broma! — replicó Jack—. Y el responsable lo pagará muy caro.

—¡Es inconcebible que un fósil pueda recobrar la vida! — gritó Peter Dugan —. Seamos sensatos. Podemos sufrir alucinaciones, pero no podemos aceptar lo imposible.

—¡Nos encontramos en un mundo desconocido! — exclamó otro hombre de ciencia.

—¡Falso! ¡El espacio nos es sobradamente conocido!

Parecía que las opiniones de los científicos estaban divididas entre los que creían en poderes sobrenaturales, capaces de dar «vida» a un esqueleto fósil, procedente de distinta humanidad y civilización, y los que se negaban a aceptar tal creencia.

Jack tenía algo que decir y para eso había acudido allí, armado con una pistola desintegrante, que llevaba en una funda metálica, al cinto.

—Silencio, por favor, caballeros. Acabo de tomar el mando de esta nave y me he enterado de cosas increíbles. Yo no puedo, como responsable de la navegación de la «UZ, aceptar la creencia de que el «Homo ceresaes» tiene vida.

—¡Yo le visto moverse por uno de los pasillos! —gritó Giovanni Jacchia, enérgicamente.

—Y yo lo he visto asesinar al Col Slater — replicó Jack—. En el puente de navegación se suele grabar en videorecord todo cuanto sucede allí. Hemos reproducido la filmación y, pese a haberlo visto con mis propios ojos, no puedo creerlo.

—¡Eso es querer estar ciego intencionadamente! —bramó un geólogo.

—Es el punto de vista de un oficial de navegación —continuó diciendo Jack—. Y no es eso solo. Alguien ha arrojado un recipiente de líquido inflamable dentro de la sala de comunicaciones, cerrando la compuerta por fuera y matando a sus seis ocupantes. También han quedado destruidos todos los aparatos de comunicación, interior y exterior, por lo que nos hallamos aislados del universo.

—¡No, imposible! —exclamó Sir Walter.

—Ha sido un acto criminal, perpetrado por alguien con malignas intenciones. Por este motivo he venido a comunicarles que he decretado el estado de emergencia. Sólo se ejecutarán las órdenes que yo dé y la exploración científica de Hermes queda suspendida hasta nueva orden.

»Permanecerán ustedes encerrados en sus cabinas hasta que hayamos realizado la investigación oportuna.

—¡No puede usted hace eso! —protestó Sir Walter—. Yo soy el responsable de los técnicos y no admito...

—¡Cállese, profesor Onsby! — rugió Jack—. ¡Es la vida de todos nosotros la que está en peligro! ¡Ya han muerto nueve personas, y no todas de accidente, como Jean Lyttleton y Raymond Willis!

»Los técnicos en comunicaciones y el «Space» Col. Slater han sido asesinados. Por ese motivo, asumo la responsabilidad íntegra de esta nave y seré yo quien gobierne y disponga, de acuerdo con el artículo 36 del Código del Espacio.

»No admitiré interferencias de nadie. Se abrirá un sumario y todos ustedes podrán exponer y alegar aquello que consideren conveniente, para que luego sirva de testimonio ante el Alto Tribunal de Justicia.

»Por lo tanto, les ordeno que se disuelva esta reunión y vayan a sus cabinas, de las que no podrán salir sin autorización mía.

—¿Quiere eso decir que nos considera sospechosos a todos? — preguntó el geólogo Wilhelm Kepteyn, secamente.

—Sí. Todos son sospechosos. Necesito saber dónde se encontraban todos los individuos de esta nave en el momento en que se produjo el incendio en la cabina de comunicaciones.

Los hombres de ciencia se miraron. El recelo empezó a dominarles.

Sir Walter no opuso objeción, al manifestar:

—De acuerdo. Tte. Bamik, está usted en su derecho. Era el segundo oficial y al morir Wladimir Slater, asume el mando de la «UZ». Acataré sus órdenes, dadas las circunstancias. Pero entiéndalo bien. Nada, ni siquiera esos accidentes, podrán impedir que esta investigación científica se siga adelante.

»El Parlamento Mundial autorizó la expedición y usted no es más que un miembro de ella.

—¡Por encima del Parlamento está la Ley y el Código del Espacio, Sir Walter!

El aludido se mordió los labios y optó por abandonar la sala. Los demás le

siguieron. Jack se dirigió entonces a la enfermería, donde una joven enfermera, ayudante de la doctora Ritchey le recibió, con visibles muestras de preocupación.

—¿Qué está sucediendo, Tte. Bamik? Los navegantes dicen cosas terribles.

—No se preocupe, Sonia. Ni se alarme. ¿Está aquí la doctora Ritchey?

—Acaba de salir. Me dijo que iba al puente a verle a usted.

—Yo vengo de la sala de conferencias. ¿Cómo está la señorita Darre?

—Le hemos administrado un sedante y ahora duerme.

—¿Puedo verla?

—Sí, ¿cómo no? Pase usted.

La enfermería era un pasillo, al fondo del cual se encontraba el quirófano, con puertas a derecha e izquierda. La señalada con el número dos fue abierta por la enfermera Sonia. Sobre un lecho, sujeta con tensores de fuerza fijados a piernas y brazos, yacía Colette con la cabeza ladeada y los ojos cerrados.

Jack se acercó a la paciente y le abrió los párpados suavemente.

—¿Qué síntomas padece?

—Según la doctora Ritchey es algo de desequilibrio mental a causa de una fuerte impresión. Esperamos que se restablezca pronto. La tenemos en tratamiento.

—Cuídenla bien. Tengo mucho interés por...

Jack no pudo continuar. Se oyó una horrísona explosión y la nave tembló violentamente, derribándoles al suelo. Sonia gritó. La luz se apagó al mismo tiempo y un impresionante silencio se extendió por la nave.

Agarrándose a las paredes, Jack pudo levantarse. Ahora el suelo estaba peligrosamente inclinado, como si la nave espacial hubiese perdido su horizontalidad.

Sin que nadie le dijese nada, Jack comprendió que «UZ» había chocado contra el planetoide Hermes, seguramente dirigida hacia el suelo por otro sabotaje.

Y cuando llegó al puente, donde reinaba la mayor confusión, Jack comprendió que no se había equivocado.

—¡La sala de máquinas tres y cinco están aplastadas totalmente! — le informó Arthur Bloomer —. ¡Ha sido un desastre!

CAPÍTULO V

Uno de los pocos supervivientes de la sala de máquinas número tres explicó lo sucedido con acento trémulo, casi histéricamente:

—Yo no logré verle. Me encontraba cerca de la compuerta auxiliar superior, donde el suboficial Jerring me había situado. Debió entrar por el pasillo principal.

—¿Quién? — preguntó Jack Bamik.

—¡Eso, lo que sea, ser, engendro, demonio o piedra! Dick Ellsworth gritó y retrocedió hacia los mandos de las turbinas. Le pude ver desde arriba. Entonces surgió un fogonazo y Dick se desmaterializó totalmente. Los mandos de las turbinas también quedaron dañados e inutilizados.

»Dándome cuenta de que iba a ocurrir una tragedia, traté de escapar. Nada se podía hacer allí dentro. Y no había hecho más que salir por la compuerta auxiliar cuando vi ascender el planetoide hacia nosotros.

Otra información la obtuvo Jack del suboficial Bloomer, quien había permanecido en el puente de navegación. Realmente, estaban todos vivos gracias a Bloomer, quien, en el último y decisivo instante, supo maniobrar la nave con los mandos a distancia de las restantes salas de máquinas, ejecutando un «frenado» deslizante.

—Era lo menos que podía hacer, señor — dijo Bloomer—. Si no retengo la nave, el impacto contra el suelo de Hermes habría sido desastroso.

—Hizo usted muy bien, Bloomer — replicó Jack —. Le felicito. Pero esto ha sido otro sabotaje y la situación se ha vuelto insostenible. Necesitaremos meses para reparar las averías. ¿Qué clase de loco intenta destruirnos y destruirse?

—¿Cree usted que alguien de la tripulación...?

—Estoy seguro de que aquí existe un misterio. Alguien se propone causarnos daño, con determinado y desconocido propósito. Y hemos de desenmascarar a ese alguien antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y el «Homo ceresaes»?

—Eso forma parte del misterio. Ese engendro no puede existir. Le han hecho desaparecer del sarcófago para impresionarnos. Pero un ser que vivió y murió hace tantos millones de años no puede haber resucitado.

—No, desde luego. Pero... ¡Todos sabemos que fue eso lo que mató al Col.!

—Yo también lo he visto con mis propios ojos y me niego a creerlo. ¡No puedo aceptar esa inverosímil explicación! ¡Mi razón se revela!

Tampoco podían perder el tiempo charlando. Jack tenía que dar muchas órdenes, reconocer el terreno, sobre el que había caído la «UZ», que era una superficie ligeramente ondulada, de unos diez kilómetros cuadrados. La posición de la «UZ» sobre el suelo de Hermes era inclinada, por el choque de la anilla exterior, que se aplastó, retorciéndose tubos de comunicación y hundiéndose salas enteras de máquinas.

Fue preciso aislar inmediatamente las dependencias afectadas, para evitar la pérdida de atmósfera, cosa que se logró a medias, dado el pánico reinante. Jack exigió a los investigadores que colaborasen en las obras de salvamento, ya que les iba también a ellos la vida, y en pocas horas se realizó el trabajo, quedando incomunicado con el interior todas las dependencias dañadas.

Hecho esto, Jack Bamik ordenó que todos los supervivientes se reunieran en la sala de conferencias del laboratorio de investigaciones. Allí se agruparon científicos y navegantes, en un número de sesenta y ocho personas.

Eran semblantes pálidos y miradas temerosas las que se dirigían a Jack, cuando éste se levantó y tomó la palabra, diciendo:

— Caballeros y subalternos, ya han podido darse cuenta de la peligrosa situación en que nos encontramos. No les oculto que hemos corrido y estamos corriendo un tremendo peligro. Han muerto ya demasiadas personas. Yo no puedo estar en todas partes y evitar que ocurran percances.

»Deseo que me ayuden entre todos a descubrir al culpable de estas muertes y accidentes. Cuando le hayamos desenmascarado y encarcelado, podremos dedicarnos a reparar los daños. Me temo que habremos de regresar a la Tierra. Sería inútil continuar adelante con la «UZ» en estas condiciones.

»No creo en un fósil resucitado, ni en nada parecido. Yo vi el «Homo ceresaes» y sé que nada ni nadie podía devolverle la vida y el movimiento, puesto que nada ni nadie puede hacer eso con una piedra.

»Sé, estoy seguro, que existe otra explicación. Tal vez alguien se ha proporcionado un disfraz copiado del aspecto de ese fósil. Alguien de entre nosotros, naturalmente. Y debido a ese ardid hizo creer a los navegantes que el «Homo ceresaes» estranguló al Col. Slater.

»Esa es la explicación que se me ha ocurrido. Se trata de encontrar el disfraz del asesino, o bien el auténtico asesino. Ha de poseer una razón diabólica para hacer lo que ha hecho y, posiblemente, llevaba esa intención desde mucho antes de embarcar en la «UZ».

Un murmullo de asombro se extendió entre todos los reunidos. Incluso Sil Walter, trémulo, admitió:

—Eso sería una explicación razonable. Tte. Bamik. Pero, ¿qué interés puede tener nadie en impedir que esta expedición siga adelante, cuando ya hemos empezado a obtener óptimos resultados?

La penetrante mirada de Jack recorría los rostros de todos los reunidos, buscando algo o alguien. Se detuvo en el profesor Giovanni Jacchia.

Aquel sostuvo impertérrito su mirada.

—¿No le merezco confianza, Tte. Bamik? — preguntó el historiador.

—Me estaba preguntando qué interés podía tener usted en hacer fracasar esta expedición.

—¿Y poner en riesgo mi vida? — inquirió Jacchia—. Si quiere que le diga la verdad, creo que está usted loco, Tte. Bamik. Yo vine aquí por interés científico-histórico. Yo he tenido la suerte de descubrir la prueba fidedigna de que Sir Walter Onsby estaba en lo cierto. Hermes nos ha revelado su secreto. Lamento lo ocurrido a mis compañeros de grupo, sin cuyo sacrificio no habría sido posible hallar nada.

»En cuanto a los sucesos ocurridos a bordo de la «Universaes Zeus» nada tengo que ver con ellos. Le doy a usted mi palabra.

Jack no tenía pruebas contra Jacchia, ni contra nadie de los allí reunidos. Y había muchas personas.

—No tendré más remedio que someterles a todos a un escrutinio encefaloscópico — dijo Jack—. Habrán de permanecer todos aquí, vigilándose unos a otros, mientras que realizamos la prueba. Nadie se moverá de este lugar.

Nadie replicó. Jack esperaba la oposición de alguien, para proceder inmediatamente a un reconocimiento mental del primero que se opusiera. Y no le gustó el silencio de todos, que significaba la aceptación implícita a la orden de Jack.

—¿Está usted dispuesto a someterse al escrutinio, profesor Jacchia? — preguntó Jack, mirando al historiador.

—Sí, naturalmente. Creo que es una medida acertada. Nos llevará algunos días, pero nos quedaremos tranquilos.

—De acuerdo. Empezaremos por los navegantes que han de colaborar conmigo. Bloomer, seleccione a diez hombres de toda confianza. Se les investigará y se les facilitarán armas, con la consigna de disparar al menor asomo de peligro.

* * *

Carol Ritchey preparó el encefaloscopio en un departamento próximo a la sala de conferencias. Le ayudó Sonia, la enfermera.

—Naturalmente — objetó la doctora—, Colette Darre está fuera de toda sospecha, dado que se encuentra aún sin conocimiento.

—De acuerdo — accedió Jack—. Yo me someteré primero al escrutinio. Usted será la última doctora.

Carol sonrió.

—¿Quién manejará la máquina?

—Sonia puede hacerlo. Usted la enseñará mientras desfilan por aquí todos los componentes de la tripulación.

—Correctamente, «Space» Tte. Bamik — replicó Carol—. Ya puede usted sentarse. Hace tiempo que deseaba conocerle por dentro.

—Ahora tiene la oportunidad, doctora. Espero que no haga mal uso de mis íntimos secretos.

Sonriendo, Carol Ritchey se llevó la mano al pecho.

—Seré honorable y discreta, pierda cuidado. Sólo me enteraré de que está usted perdidamente enamorado de Colette Darre.

—Para saber eso no es preciso recurrir al escudriñador electrónico, aunque prefiero que no se hagan comentarios al respecto. En mi vida privada sólo tengo derecho yo.

Carol se mordió los labios, mientras Jack se sentaba, en presencia de Bloomer y los diez hombres elegidos para formar la guardia armada, entre los cuales no podía existir la menor duda de deslealtad.

Carol y Sonia ajustaron el casco a la cabeza de Jack y procedieron a unir los cátodos suctores. Luego, Carol puso la máquina en funcionamiento.

En su asiento, Jack pareció sufrir un calambre y quedó completamente rígido. Carol, provista ahora de un micrófono, se acercó a Jack, preguntándole:

—¿Ha matado usted alguna vez, Jack Bamik?

—Sí — contestó él, maquinalmente, causando la extrañeza de cuantos le escuchaban—. Fue durante un viaje a Mercurio, hace seis años. Yo era segundo oficial. Un maquinista quedó aprisionado dentro del cuello de un reactor radiactivo, sufriendo quemaduras espantosas.

»El «Space» Cpt. me ordenó practicar al enfermo la eutanasia y no tuve más remedio que obedecer. Creo haber hecho un acto de caridad.

—¿Y en esta nave, la «UZ», ha matado usted o inducido a alguien a matar?

—No.

—¿Por qué no le gusta la doctora Ritchey?

—Amo a otra mujer. Pero la doctora Ritchey me gusta.

Algunos navegantes sonrieron al escuchar este diálogo. La interrogadora no se inmutó siquiera y siguió preguntando:

—¿Deseaba usted la muerte del «Space» Col. Wladimir Slater, para tomar el mando de la «UZ»?

—No.

—¿Odia usted a alguien?

—No.

—¿Desconfía de alguien?

—Sí.

—¿De quién?

—De Giovanni Jacchia.

—¿Por qué?

—Sé, que, odiando a Sir Walter Onsby, recurrió a fuertes influencias para poder tomar parte en esta expedición. Sé también que como radiomensajero del grupo «C» cortó deliberadamente las comunicaciones para no tener que dar cuenta de sus pasos y que ha permanecido treinta y dos horas en la galería, con sus compañeros muertos, sin informar del accidente, pudiendo haberlo hecho.

»Nosotros realizamos el mismo trayecto que ellos en poco menos de dos horas. Las huellas no se desviaron, de suerte que estuvo todo el tiempo informando como ni nada hubiese ocurrido, mientras que reconocía las galerías.

»Los motivos que ha tenido Giovanni Jacchia para hacer tal cosa sólo han podido ser de egoísmo. Y, quizás, buscaba el modo de salir de la trampa en la que él mismo se había metido, para no tener que divulgar su descubrimiento.

»Son puras conjeturas mías que estoy seguro él puede refutar fácilmente, como ya ha hecho. Pero mi teoría de los hechos también es elocuente y fácilmente demostrable. Pensaba hacerlo de no haber ocurrido el desastre que nos imposibilita en Hermes.

»Mi intención era regresar a la galería y obstruir el camino con tierra carbónica, para ver si mis compañeros podían escuchar mis llamadas de radio. Es una prueba que pretendía esgrimir contra Jacchia.

Jack Bamik estaba expresando sus pensamientos con naturalidad, como hablando consigo mismo. Y tanto Carol, como Sonia y los navegantes, le

escuchaban con interés reconcentrado.

—Está diciendo lo que siente — musitó Bloomer —. Pregúntele qué opinión tiene de mí, doctora.

—Lo siento, Bloomer. Esto no es un juego de opiniones. Si le he hablado de mí ha sido para comprobar el funcionamiento del escudriñador. Ahora sé que está ajustado perfectamente. Voy a quitarle el casco y usted ocupará su puesto.

Sonrojado por la negativa de la doctora, Bloomer no dijo nada más.

Jack Bamik se recobró en pocos minutos y sonrió, un tanto avergonzado, preguntando:

—¿He dicho muchas monstruosidades?

—No. Ha hablado de Jacchia y de mí...

—¡Les ruego que no digan a nadie lo que pienso del historiador! En cuanto haya usted terminado con estos hombres, le traeré aquí. Yo mismo le interrogaré.

* * *

—Admiro al Tte. Bamik — musitó Bloomer, con la mente en blanco por los efectos electrónicos —. Sé que es seguro y competente. Él lo ignora, pero durante el viaje a la Luna, cuando sufrió un accidente, un navegante de máquinas, llamado Bloom, fue el responsable, por un descuido.

»Aquel hombre era mi padre. Yo logré alargar un poco mi nombre rectificando mis documentos de navegación, por sugerencia suya, para no tropezar con dificultades en mi carrera.

»Sé que Jack Bamik se portó estupendamente con sus navegantes y echó sobre sí todas las responsabilidades. Mi padre se salvó y me habló muy bien de él. Ahora estoy convencido de que es un hombre maravilloso, sin miedo, templado y seguro de sí mismo. El hombre ideal para sacarnos del apuro en que estamos metidos.

—¡Tiene un admirable concepto de usted! — exclamó Carol.

Reflexivamente, Jack respondió:

—Recuerdo al padre de este hombre. Rogelio Bloom. Yo sabía que él fue causante del siniestro. Pero no quise arruinar su carrera y la de su hijo. Necesitaba trabajar.

Después del reconocimiento encefaloscópico de Bloomer, los diez navegantes elegidos también fueron sometidos a tratamiento. Ninguno se

opuso, ni siquiera sabiendo que sus más íntimos secretos iban a quedar al descubierto. Todos tenían algún defecto, pequeños vicios, pasiones y aversiones. Pero no eran asesinos, ni conspiradores, Jack comprendió que podía confiar en todos ellos, y por esto ordenó a Bloomer que les devolviera las armas, para que, por parejas, se situasen en los cinco puntos neurálgicos de la nave espacial, a fin de vigilar estrechamente a los demás pasajeros.

Entonces, ordenó que viniera él historiador Giovanni Jacchia.

El italiano, una vez en presencia de Jack, comentó:

—Veo que me ha elegido el primero. Desea salir de dudas cuanto antes, ¿verdad?

—Le ruego que se siente bajo el encefaloscopio, profesor.

—No lo considero necesario. Puedo explicarle perfectamente todo lo que desea saber.

—¡No! —exclamó Jack, imperiosamente—. Exijo que se coloque ahí. La doctora Ritchey le colocará el casco y le someterá a interrogatorio.

—Está bien. Como guste, Tte. Bamik. Pero le advierto que sufrirá una tremenda decepción.

Terminando de decir esto, Giovanni Jacchia se sentó y entre Sonia y Carol le sujetaron el casco y los cátodos magnéticos a la cabeza. Al serle aplicada la corriente voltaica que anularía su voluntad, Jack observó que no sufría ningún estremecimiento.

—¿Está en orden? — preguntó a Carol.

—Sí. No he modificado ningún circuito. ¿Puede oírme, doctor Jacchia?

—Sí. La oigo perfectamente, doctora Ritchey.

—¿Qué siente usted hacia Sir Walter Onsby?

—Desprecio.

Jack sonrió y se acercó, preguntando a su vez:

—¿Mató usted al Col. Slater?

—No.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Sí.

—¿Quién?

—La reencarnación de M’mut.

Tanto Jack como Carol y Arthur Bloomer quedaron boquiabiertos ante esta respuesta inesperada.

—¿Quién es M'mut? — preguntó Jack.

—Los restos del «zeuziano» hallados por Sir Walter en Ceres.

—¡Eso es imposible! ¡Ese objeto no tiene vida!

—¡Dagma se la ha dado, ordenándole destruiros a todos!

—¿Dagma? ¿Qué es eso?

—El espíritu viviente de una raza extinguida y que por designio inescrutable ha pervivido durante miles de millones de años en latente vigilia, temiendo el momento en que los descendientes de Zeus regresaran a los restos de su extinguido mundo.

—¡Pero usted no cree esa teoría, Jacchia! — exclamó Jack, boquiabierto.

—Eso es lo que he pretendido hacer creer a todos. ¿Cómo no voy a creer lo que yo mismo he visto y vivido?

—No le entiendo. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que yo soy Dagma.

Los que escuchaban a Jacchia se miraron, incrédulamente. Pero su asombro fue enorme al ver que el historiador se movía en su asiento y él mismo, con su propia mano, se retiraba los cátodos de la cabeza y se quitaba el casco, poniéndose en pie.

Al extender una mano, de sus ojos pareció surgir un doble destello rojizo. Y sus oyentes quedaron inmovilizados totalmente, como transformándose en estatuas.

—Tenía que revelarles mi origen increíble. He querido bromear un poco, para convencerle de que las ondas magnéticas de esta máquina insignificante no pueden neutralizar una mente que ha vivido en mí y en mis anteriores cuerpos durante noventa y dos mil millones de años.

»¿No me creen? Me llamo Dagma, que significa «zeusiano» «el Vigía de la Eternidad». Yo emigré a la Tierra junto con los hombres que debían perpetuar nuestra raza, que es la vuestra ahora, ligeramente modificada.

»Nosotros sabíamos que Zeus iba a estallar. Así lo habíamos dispuesto. Cuando el tumor gangrena un cuerpo, el médico extirpa. Toda nuestra raza era un tumor maligno de odio desencadenado. Vuestra humanidad ha pasado muchas veces por períodos de odio colectivo, durante los cuales los hombres han luchado encarnizadamente unos contra otros, amenazando con exterminarse entre sí, como nos ocurrió a nosotros.

»Yo he pugnado por evitar la repetición de la hecatombe de Zeus. Yo he sido testigo mudo de la evolución de la humanidad terrestre, y sólo Dios conocía mi misión en la Tierra.

»Yo fui testigo de la caída del imperio egipcio, del imperio griego, del romano, árabe... Yo he seguido la historia paso a paso, en diferentes reencarnaciones, privilegio este que sólo me ha sido concedido a mí por mis sabios antepasados de la Tribuna de Zeus.

»No miento. Os lo demostraré pronto. Mis compañeros vivieron su vida, dejaron su semilla en el suelo fértil de vuestro planeta, y murieron. Yo también cerré un día los ojos y fui sepultado. Pero un rayo del cielo me devolvió la vida. Transformado, vagué por los desiertos durante noventa años más. Aquellos primeros períodos de historia fueron errantes. Yo no podía encontrar más que hombres salvajes que luchaban en un mundo hostil para sobrevivir. Les ayudé, sin recordarles de dónde procedían.

»Ellos no debían saberlo. Habían de forjar un nuevo mundo. Y lo hicieron. Sólo yo era el testigo silencioso que todo lo presenciaba, que iba de un lugar a otro, siempre errabundo, interrogando a las tribus.

»No pude evitar que la quijada de burro de Caín cayera, fratricida, sobre Abel, ni que César muriese a manos de Bruto y menos que la egolatría de Hitler desencadenase una contienda mundial.

»Yo vivía sólo para atestiguar la historia e impedir que algún día, como hoy, alguien, sir Walter Onsby u otro, pretendiera desenterrar los restos de mis antepasados. Ellos decidieron sacrificarse en masa, destruir su mundo, porque estaban malditos, y se purificaron con la muerte.

»Nadie debe turbar jamás su eterno reposo. Esta historia no pertenece a la Tierra y debe ser respetada. Por ello, la reencarnación de M’mut se encargará de exterminaros a todos, porque yo, Dagma, he vivido noventa y dos mil millones de años para impedir que esto ocurra.

»Y será maldito, él y sus descendientes, hasta la última generación, quien se oponga al deseo de la Tribuna de Zeus.

»¡Volved en sí, vosotros! ¡Recobraos!

CAPÍTULO VI

Jack Bamik no recordó nada de cuanto le había dicho Giovanni Jacchia al recobrar la lucidez. Miró a Carol y preguntó:

—¿Qué me ha ocurrido?

—No sé... el doctor Jacchia estaba ahí sentado, hablando, y mi mente pareció ofuscarse.

—No se alarmen — intervino Jacchia—. Yo mismo me he quitado el casco y los suctores. ¿Ha terminado mi examen?

—Sí... sí—declaró Carol.

Jack se pasó la mano por la frente. No lograba recordar nada. ¿Había interrogado a Jacchia? ¿Qué pasó? Miró a Bloomer inquisitivamente.

—¿Ha observado usted algo?

—Tampoco. Tengo como un vacío aquí.

—Le ruego que no se retire, doctor Jacchia — añadió Jack—. Algo ha debido ocurrirnos. Creo que no hemos podido examinarle bien. Será necesario repetir la prueba. ¿No le importa?

El aludido frunció el ceño ligeramente y repuso:

—El resultado sería el mismo. No se molesten.

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido?

—¿Cómo voy a saberlo, sometido a las ondas magnéticas del encefaloscopio? — Jacchia sonrió, añadiendo—: Pierden el tiempo. Hay cosas que ni siquiera la ciencia puede averiguar, porque están más allá de la verdad. Yo sé mucho de eso.

»El destino se cumple siempre inexorablemente. ¿Qué hace usted con esa arma, teniente Bamik?

Jack había desenfundado su desintegrador y apuntaba a Jacchia.

—Aquí hay un misterio y usted sabe algo de eso. ¡O responde a mis preguntas o disparo!

Giovanni Jacchia retrocedió unos pasos, asomando la alarma a sus ojos. Extendió la mano y replicó:

—No haga tonterías, teniente Bamik. ¿Qué puedo decirle yo?

—¡La verdad! ¡La exijo! Aquí ha sucedido algo. Usted tenía que responder a unas preguntas y no lo ha hecho.

—Se equivoca, teniente Bamik. He respondido.

—¡Se lo advierto, Jacchia! ¡O contesta sin subterfugios o le desintegro!

Arthur Bloomer también había desenfundado su arma. Carol y Sonia retrocedieron, temiendo que pudiera ocurrirles algo. La tensión parecía ir en aumento y estaba a punto de estallar.

La puerta, sin embargo, se abrió, apareciendo uno de los navegantes examinados.

—Teniente, Colette Darre ha vuelto en sí y desea verle. Hemos oído su llamada en la enfermería.

Jack se volvió en redondo, diciendo:

—Bloomer, encierre al doctor Jacchia en una cabina aislada y póngale un vigilante ante la puerta. Luego me encargaré de él. Me interesa sobremanera la declaración de Colette.

—Sí, teniente Bamik — replicó Bloomer.

Jack salió y dijo al navegante:

—Quédese aquí con el subteniente Bloomer. ¿Y su compañero?

—Está en la enfermería.

A buen paso, Jack se alejó, recorriendo los pasillos que conducían a la enfermería. Al faltar las pistas rodantes, la distancia era considerable. Tampoco funcionaban los ascensores y Jack hubo de utilizar las escaleras auxiliares.

Cuando llegó a la enfermería encontró la puerta abierta. La antesala estaba desierta.

—¿Olmen? — llamó.

Nadie le contestó.

Intrigado, Jack se adentró por el pasillo, hacia la salita ocupada por Colette. Empujó la puerta y vio al navegante en el suelo, postrado. El lecho de Colette estaba vacío y los tensores de fuerza sueltos.

Al inclinarse sobre Olmen vio que estaba muerto: ¡estrangulado!

Se puso en pie de un salto, sacando el desintegrador y saliendo al pasillo. Miró arriba y abajo, indeciso y optó por llamar fuertemente:

—¡Colette! ¿Dónde estás?

El eco de su voz se perdió al fondo del pasillo.

Salió corriendo de la enfermería y se dirigió, a la carrera, hacia uno de los cruces principales, que iba desde las cabinas de pasajeros, laboratorios y sala de conferencias, hacia los jardines del «Aerópago». Allí había apostado a dos navegantes de vigilancia.

Estaban en su puesto. Saludaron al ver llegar a Jack.

—¿No ha pasado nadie por aquí? — preguntó, jadeante.

—No, señor. ¿Ocurre algo?

—Colette Darre ha desaparecido de la enfermería ¡Y Olmen yace muerto, estrangulado, en el suelo!

—¡Olmen estaba con Bigger! — exclamó otro navegante.

—Sí. Bigger ha venido a buscarme, diciendo que Colette se había recuperado y quería verme.

—Pues por aquí no ha pasado nadie.

—Abandonad este servicio. Tú ve hacia el puente por el pasillo central. Y tú baja a los almacenes. Hay que registrar todos los lugares en los que pueda haber alguien. ¡Es preciso encontrar a Colette antes de que sea tarde!

—¿Qué puede haberle ocurrido? — inquirió un navegante.

—Me temo que el «Hombre de Piedra» haya actuado de nuevo, aunque eso hecha por tierra todas mis teorías. Estaré en la sala de conferencias con los científicos.

* * *

Los dos navegantes encargados de vigilar la sala de conferencias atestiguaron que nadie había salido de allí. Jack entró y, en efecto, estaban todos, excepto Giovanni Jacchia, naturalmente.

Sir Walter se le acercó inmediatamente.

—¿Han descubierto algo? ¿Y el doctor Jacchia?

—He ordenado su detención. Ha sucedido con él una cosa curiosa. Le estábamos interrogando y las mentes nos quedaron en blanco. Nos dio una ambigua explicación que no me satisfizo. Le interrogaremos más tarde. Ahora ha sucedido algo importante.

—¿Qué es ello? —se alarmó Sir Walter.

Jack explicó lo ocurrido en la enfermería, después de la llamada de Colette, y terminó diciendo:

—Ella debe saber algo. Estoy seguro y deseaba confiármelo. Pero el «Homo ceresaes» la ha raptado.

—¡Por Dios, teniente Bamik! ¡Usted no puede creer ese absurdo! — replicó Sir Walter, vivamente —. Alguien, tal vez un polizón, utiliza el disfraz

del «Homo ceresaes».

—¿Un polizón? ¡Eso no se me había ocurrido!

—Esta nave es muy grande. En algún descuido, alguien pudo llegar a bordo, quizás oculto entre las mercancías o equipajes. Alguien que se propone arruinar mi expedición.

»Es preciso que usted le encuentre y termine de una vez esta pesadilla horrible. Estamos perdiendo lamentablemente el tiempo y la situación empeora por minutos.

»Todos los que estamos aquí somos de confianza, se lo aseguro. Si los escudriña usted en el encefaloscopio se convencerá de ello, pero habremos perdido varios preciosos días. Vayamos todos a registrar la nave y no dejemos ni un recodo por explorar. Estoy seguro de que encontraremos al criminal.

—¿Qué relaciones existen entre usted y Giovanni Jacchia?

—¡Bah! Ese hombre siempre ha puesto obstáculos a mi labor. Es un historiador de renombre, sin duda. Pero él no conseguirá variar el curso de la historia. Ahora reconoce mis aciertos, porque los ha visto. Pero antes de emprender este viaje sólo hacía que denigrarme, insultarme y achacarme una chifladura que sólo es atribuible a él.

» Sin embargo, no me opuse a que viniera con nosotros, dándole la oportunidad de rectificar sus disparates, como ha tenido que hacer ahora ante la evidencia descubierta por él mismo.

—Creo que es un intrigante y que posee un fuerte poder hipnótico. No le dejaré salir de su encierro hasta que su posición no quede enteramente ciara. ¿Y qué me dice de su ayudante?

—¿De Colette? — La expresión de Sir Walter se dulcificó—. Adoro a Col. Es un verdadero talento arqueológico. Es hija de mi antiguo amigo Jacques Barre, del Instituto Francés de Arqueología. Cuando yo regresé de mi larga ausencia por los planetoides,

Jacques me la presentó. Me interesó su talento y le pedí que viniera conmigo a clasificar mis apuntes y hallazgos.

» Su valiosa colaboración me ha obligado a llevarla conmigo en este viaje. Me hago cargo del sacrificio que ello representa para Col, a menos que encuentre, entre nosotros, al hombre que desee llevarla al altar.

»Y no sé por qué me ha parecido notar que entre usted y ella existía últimamente cierta intimidad.

Jack cortó secamente:

—Estoy muy preocupado por ella. Si no la encontramos pronto, creo que pondré la «UZ» patas arriba. No pienso tener compasión con nadie. El

causante de esas muertes será encerrado bajo las siete llaves y conducido a la Tierra para ser juzgado.

—No sea usted tan ingenuo para creer que un fósil se mueve por la nave, matando a la gente. Ni la más calenturienta imaginación es capaz de concebir eso.

—En la Tierra no lo creería jamás. Pero aquí, en el espacio, con la nave sobre un pequeño mundo lleno de misterio, hasta la más absoluta irrealidad me parece plausible, Sir Walter. Perdóneme. Debo volver a mi trabajo. Les ruego que no salgan de aquí para nada.

—Está bien. Usted manda, teniente Bamik.

* * *

Jack regresó a la cabina en donde se había instalado el escudriñador encefaloscópico. Bloomer estaba allí, en compañía de Carol y Sonia.

—Colette Darre ha desaparecido. Los navegantes de guardia la están buscando. Y Olmen ha muerto.

—¡Cielo santo! — exclamó Carol—. ¿Cuándo terminará esta maldición?

—Ahora no puede usted acusar al doctor Jacchia — intervino Bloomer—. Bigger le vigila.

—Eso es lo que me preocupa. Si no es Jacchia hemos de admitir la existencia de algún pasajero que no figura en el rol.

—¿Un polizón? — preguntó Carol Ritchey.

—Pero, ¿y el «Hombre de Piedra»? ¡Lo que nosotros creíamos un fósil arqueológico podía ser un ser de carne y hueso, cubierto con un disfraz bien imitado!

Era otra posibilidad que Jack tampoco había tenido en cuenta.

—Dudo mucho que eso sea cierto. Cuando ese fósil llegó a bordo yo mismo lo examiné. Peter Dugan estaba conmigo. Abrimos la tapa y...

Jack recordó que Colette había aparecido en aquel instante y no le gustó que él y Dugan hubiesen abierto el sarcófago.

¿Por qué no pensar que Colette tuviese motivos para no desear que nadie examinase de cerca y con atención aquellos restos humanos? ¿Acaso no eran los mismos que estuvieron expuestos en el Museo Arqueológico de la Isla Flotante Universal (I.F.U., sede del Gobierno) y que luego Sir Walter había decidido llevar en la «UZ»?

Todo era extraño y confuso, disparatado e irreal.

Pero la sensación de encontrarse sobre un volcán a punto de entrar en erupción se acentuaba.

—Escuche, Carol. Bloomer le ayudará a reconocer a todos los pasajeros. Avíseme si descubren algo. Yo tengo que encontrar a Colette Darre.

—De acuerdo — contestó Carol.

—Cada persona reconocida será puesta en libertad y contribuirá a la vigilancia de la «UZ». Ocúpese de eso, Bloomer.

—Sí, señor.

Jack abandonó la cabina de reconocimiento y fue a ver si Bigger continuaba vigilando a Jacchia. Efectivamente, el navegante estaba allí.

—No abra a ese hombre bajo ningún concepto. ¿Me entiende, Bigger?

—Sí, señor.

Jack procedió entonces a un minucioso registro de las distintas dependencias de la nave espacial, la cual era un completo laberinto, tanto en salas de máquinas, cabinas y almacenes. Fue preciso subir y bajar escaleras, recorrer pasillos, abrir docenas de puertas, armarios y dependencias auxiliares. Esperaba encontrar alguna huella o señal reveladora en alguna parte.

También se asomó a varios miradores externos y contempló el paisaje lunar y desértico en que se encontraba la nave, iluminado por un sol lejano y constante, pero no al modo de la Tierra, sino directamente, sin dispersión atmosférica. Todo tenía allí un relieve completamente distinto a la Tierra.

A las tres horas de recorrer cabinas y dependencias, Jack regresó al puente. Todo estaba desierto allí, desconectados los mandos y paneles de control.

Pero nada más penetrar en el puente, Jack presintió que no estaba solo. Miró en derredor, alzando el arma desintegrante que empuñaba. Había una puerta que comunicaba con el cuarto de hemisferios celestes, o cabina de mapas. Otra, transparente, daba, a la sala de navegación auxiliar. Detrás estaba el observatorio astronómico, en forma de cúpula.

Aquel era el lugar más alto de la nave.

Pero, instintivamente, Jack se acercó a la puerta del cuarto de hemisferios. Intuyó que allí podía estar oculto alguien, entre los armarios de mapas.

Giró el pomo de la puerta. La luz interior estaba apagada.

—¿Hay alguien...?

—¡Cuidado, Jack! — gritó, al mismo tiempo, la voz de Colette.

El grito de aviso y la figura horripilante que surgió de la derecha de la puerta salvaron a Jack, quien saltó de espaldas, retrocediendo.

¡Y en el marco de la puerta del cuarto de hemisferios apareció, erguido, el «Homo ceresaes», horrendo, «viviente», rígido!

Jack oprimió instintivamente el botón de su desintegrador. Se produjo un chispazo cegador, que habría fulminado a cualquiera, ¡pero el «monstruo» siguió avanzando y elevando su brazo derecho!

Jack creyó volverse loco en aquel instante. Si el rayo desintegrante no le había causado daño alguno, ¡«Aquello» no podía ser un humano disfrazado!

¡Tampoco podía ser nada físico-orgánico! ¡Sólo podía ser piedra indestructible, fosilizada!

—¡No, no puede ser!

El fósil «viviente» movía las piernas rígidamente, como un robot, y alzaba los brazos. De las pétreas cuencas de sus ojos parecía surgir un fluido paralizante. Jack quedó como aturdido momentáneamente.

¡Y la mano de piedra, crispándose como en un angustioso y horrible sueño, se acercaba a su garganta!

Colette Darre, ataviada con el pijama blanco que había llevado mientras estuvo inconsciente en la enfermería, surgió del cuarto de hemisferios. Estaba demudada y pálida. Pero se abalanzó sobre aquel demoníaco engendro y le empujó con todas sus fuerzas, haciéndole perder ligeramente el equilibrio.

Fue sólo una fracción de segundo, durante la cual, el fluido que parecía surgir de las cuencas pétreas del esqueleto fósil, cesó de herir las retinas de Jack, y éste reaccionó súbitamente, saltando de costado, cuando ya la mano de piedra iba a sujetarle la garganta.

—¡No le mires a la cara! — gritó Colette.

Jack Bamik había comprendido ya esta verdad. Del interior de aquel esqueleto fosilizado surgía un magnetismo paralizante. Era preciso, pues, atacarle de algún modo, pero sin mirarle fijamente.

Debajo del panel de señalización, ahora apagado y oscuro, habían dos tubos de acero sujetos con apoyos aislantes, en cuyo interior se colocaban antenas helicoidales antiparasitarias.

En funcionamiento, aquellos tubos no se podían tocar, y por eso estaban protegidos por una pantalla de cristal. Pero todo apagado y sin corriente, no significaban peligro alguno. Fue el arma más idónea que Jack encontró a mano, golpeando la pantalla de cristal con el pie y agarrando uno de los tubos. Rompió los apoyos aislantes y se volvió con el tubo de acero entre las manos.

El esqueleto fósil estaba cerca de él, Colette chillaba fuertemente, con

riesgo de destruir sus cuerdas vocales.

Jack, por su parte, blandió el tubo y pegó hacia el engendro. Se oyó un chasquido y el brazo alcanzado se partió, cayendo al suelo. Otro golpe demoledor, ahora sobre los costillares, cuando Jack se había afianzado sobre sus pies, produjo un efecto semejante.

«Aquello» se tambaleó, fragmentado por varios sitios. Y un tercer golpe, ahora al cráneo, le arrancó violentamente la calavera, que no llegó a caer por quedar prendida del tronco por un cable flexible que surgía de la columna vertebral.

Sin embargo, el último golpe había sido suficiente. El esqueleto fósil se tambaleó, perdió el equilibrio y terminó por caer pesadamente sobre el linóleo, donde empezó a resquebrajarse lentamente, en toda su extensión, y luego a convertirse en polvo.

Atónito, Jack Bamik presenció esta singular transformación, abierta la boca y los ojos. Desde la puerta, Colette lo observó también, para luego correr hacia

Jack y echarse convulsivamente en sus brazos, en busca de protección.

—¡Qué horrible, Jack! —exclamó Colette.

—Tranquilízate. Ya no corres peligro. ¿Qué te ocurrió?

—«Eso» me liberó de los tensores del lecho. Sus manos son como de hierro. Me levantó en vilo y me trajo aquí, ocultándome ahí dentro, en la oscuridad. Antes mató a un navegante con una mano. Las descargas desintegrantes no le hacían nada.

Por encima del hombro de Colette, Jack estaba mirando el objeto metálico que yacía en el suelo, y del que surgía el cable eléctrico, todo lo cual había estado oculto dentro del fósil «viviente». Era como un tubo de unos diez centímetros de largo, grueso como la muñeca, plateado.

Al convertirse en polvo el «monstruo», aquel tubo quedó al descubierto.

—Es un curioso robot — comentó Jack—. Alguien debía manejarlo a distancia, por radio, seguramente. Y lo singular es que no te hiciera nada. Eso explica que fuese dirigido por alguien que te aprecia. En cambio, Slater fue estrangulado. ¡Y todos habríamos muerto a manos de eso si yo no lo destruyo!

Abrazada a Jack convulsivamente, Colette sollozó:

—¡He vivido las horas más angustiosas y horrendas de mi vida!

—Déjame examinar eso. Jamás había visto nada igual — dijo Jack, apartando a Colette suavemente e inclinándose sobre el polvo, en donde brillaba el tubo plateado.

Lo tomó, con cautela y observó el cable que terminaba en algo parecido a dos vidrios oscuros.

—Este objeto no parece haber sido construido en nuestro planeta. ¿Sabía Sir Walter la existencia de esto?

—Lo dudo — replicó Colette—. Jamás quiso separar la piedra de los huesos fósiles, por temor a estropear su hallazgo. Ni siquiera sospechaba que eso pudiera moverse.

—Pues se movía... ¡Y alguien de esta nave debe conocer el misterio!

—¿Alguien?

—Sí. Vamos a ver a Giovanni Jacchia. Sospecho que ese individuo posee la explicación de todo cuanto ha sucedido aquí.

Llevando a Colette del brazo y sosteniendo el objeto hallado dentro del fósil, Jack abandonó el puente y descendió hacia el pasillo en donde Bigger se encontraba vigilando la cabina de Jacchia.

El navegante se alegró de ver a Colette, saludándole con afecto.

—¿Está el doctor Jacchia todavía ahí dentro? — quiso saber Jack.

Ante una respuesta afirmativa concluyó:

—Abre, pues.

Bigger abrió la puerta. Giovanni Jacchia estaba tendido sobre la litera, rígido y con las manos sobre el pecho.

Al verle, Jack se precipitó dentro de la cabina. Un breve examen le hizo exclamar:

—Este hombre está muerto.

—¿Muerto? — repitió Colette, atónita, desde la puerta.

—Sí, Bigger, avisa a la doctora Ritchey. Necesitamos saber de qué ha muerto este hombre.

—Sí, señor — respondió el navegante, partiendo a la carrera.

Colette y Jack salieron también, cerrando la puerta. Se miraron.

—Todo esto es demasiado siniestro y misterioso — musitó Colette —. Esperaba cosas sorprendentes cuando empecé este viaje, pero no creí que fuesen tanto.

—Y todavía no hemos terminado—musitó Jack—. Presiento que lo peor ha de suceder aún. Alejémonos de aquí. Hay mucho por aclarar todavía.

Jack llevaba en la mano el tubo plateado que diera movimiento y vida aparente a un esqueleto fósil, ignorando que el objeto contenía la explicación

del todo el misterio, ¡una terrible explicación!

CAPÍTULO VII

— Es lo más parecido que he visto al platino — observó el geólogo Wilhelm Kepteyn—. Sin embargo, no es platino, ni nada parecido. Este metal no lo tenemos clasificado.

—Podría ser una aleación—añadió Peter Dugan—, pero lo dudo. Desde luego, no es de origen terrestre.

—¿Y su contenido? — inquirió Colette.

—¿Cómo lo abrimos? Resiste a la prueba de fusión con oxiacetileno a dos mil grados. Necesitaríamos temperaturas más altas y, en ese caso se fundiría lo que albergue en su interior.

—¿Y estos cristales, donde termina el cable? — preguntó Jack.

—Podría ser diamante o algún compuesto carbónico de gran dureza. Todo, incluso el cable, nos es enteramente desconocido.

—Gracias, caballeros — respondió Jack Bamik—. Es cuanto deseaba saber. Pero esto no hace más que complicar las cosas.

—¿Insiste usted en que esto iba dentro del «Homo ceresaes»? — preguntó Sir Walter.

—Colette lo vio igual que yo. Su hallazgo fósil se desintegró totalmente y esto apareció en su interior. ¿Cómo fue colocado allí? Eso no lo sé.

—Desde luego el caso es apasionante — dijo Sir Walter—. Nos ha dejado a todos sumidos en la perplejidad. No encuentro explicación plausible a todo esto. Lo confieso.

—Yo tampoco. Por lo tanto, guardaremos este objeto en una cámara acorazada para que sea examinado por los laboratorios de I.F.U., donde los técnicos del gobierno pueden encontrar explicación.

—¿Qué hacemos ahora? — inquirió Sir Walter.

—En primer lugar, intentaremos reparar la sala de comunicaciones. Es necesario informar de todo cuanto ha ocurrido y pedir ayuda para reparar la nave. Con la ayuda de todos, podemos hacer algo. Lo importante es que no se produzcan nuevos incidentes y renazca la calma y la tranquilidad. Tengo motivos para creer que así será.

Luego, podremos estudiar el modo de continuar con la exploración de Hermes, donde creo existen suficientes pruebas para confirmar la teoría de Sir Walter. Quizás no sean necesarios más asteroides y quede demostrado en Hermes que existió esa civilización anterior a la nuestra.

—Yo tengo datos significativos, al respecto — dijo Sir Walter—. Hemos

revelado las fotografías tomadas en la sala de máquinas descubierta por el doctor Jacchia. Las inscripciones de algunas máquinas corresponden a guarismos semejantes al hebreo antiguo. ¿No es así, profesor Kepteyn?

—Así lo parece. Aunque no podemos estar seguros. Necesitaríamos más información.

—Creo que dentro de unos días podré autorizar otra exploración a esa galería — dijo Jack Bamik—. Ahora, ya les he dicho lo importante. Es preciso reparar el daño sufrido por la nave. Creo que si recibimos ayuda de la Tierra, podremos volver a ponerla en orbitación.

—Lo importante es reparar la sala de comunicaciones — añadió Sir Walter —. Y para ello, cuente usted con toda nuestra ayuda.

—Gracias. Tampoco creo necesario que continuemos realizando los escrutinios encefaloscópicos. No tuve más remedio que recurrir a ese procedimiento, dada la gravedad del caso que ya parecer bien terminado. Ofreceré al doctor Jacchia el beneficio de la duda y será enterrado en el suelo de Hermes, cuando la doctora Ritchey haya terminado su autopsia.

A partir de aquel momento, se reanudó la actividad en la «UZ», diciéndole:

—Aquí está el informe de la autopsia del doctor Jacchia. Sólo puedo atribuir el deceso a un colapso cardiaco, quizás producido por las emociones.

—¿No ha encontrado usted nada anormal en su organismo? — quiso saber Jack, haciendo la pregunta instintivamente.

—Nada en absoluto. ¿Qué esperaba encontrar?

—Nada... Perdone. No he podido olvidar varios aspectos extraños de ese hombre.

—¿Extraños?

—Sí. Recuerde el vacío mental que nos invadió cuando le sometíamos a escrutinio encefaloscópico. Al sentarse en la máquina, no sufrió la contracción, como todos nosotros. Y no fue preciso reanimarle. Fue él quien nos reanimó a nosotros.

—Sí, admito que todo eso es raro — confesó Carol—. Y por eso le encerró usted, provocando su muerte.

—¿Me acusa usted de haberle matado?

—No, ¡Dios me libre! Jacchia murió porque le había llegado la hora. ¿Desea que le incineremos?

—No estamos en condiciones de consumir energía inútilmente. Se le puede enterrar perfectamente en este planetoide. Dos navegantes se

encargarán de eso. Entrégueles usted el cadáver.

—¿Y los otros?

—También serán sepultados. No es conveniente tenerlos en los refrigeradores mucho tiempo, ¿No hay posibilidades de resucitarlos?

—No, ninguna. ¿Y el escrutinio?

—No es necesario continuar. Me he convencido de que el «Homo ceresaes» no era un polizón y ya ha desaparecido, aunque el misterio siga sin resolver. Ahora, perdone, doctora Ritchey. Tengo mucho trabajo.

Carol se retiró, después de dejar su informe en manos de Jack.

En el puente se trabajaba intensamente. Maquinistas y navegantes estudiaban los planos de la nave y los informes de los daños sufridos durante los accidentes. Lo más grave era la destrucción de las salas de máquinas tres y cinco y la sala de comunicaciones. Pero tenían medios para reparar las radios.

—Habremos de emplear varios meses, teniente Bamik — dijo un radiotécnico—. Por suerte, hay material de repuesto en los almacenes que podemos utilizar.

—Háganlo cuanto antes. ¿Y las máquinas, Kref?

—El ingeniero Bronson opina que podíamos prescindir del anillo exterior y poner en órbita sólo el nervio central.

—Esa sería una solución desesperada, Kref —objetó Jack, pensativamente—. Y no es oportuna. Perderíamos mucho espacio y nos quedamos sin la posibilidad de acoger a bordo a las naves de pasaje. No nos agobia el tiempo, ni mucho menos. Tenemos provisiones para más de diez años.

—Pero es que hay una sección muy grande inutilizada. Repararla en este lugar resultaría penoso y perderíamos muchos meses.

—Confiamos en obtener ayuda. Cuando funcionen las radios y conozcan nuestra situación, vendrán con material y equipo. Nosotros podemos adelantar y poner en orden lo que podamos. No, se me confió el mando de esta nave en determinadas condiciones y así deseo entregarla. Contamos con la ayuda del equipo técnico.

—Como quiera usted, teniente Bamik — replicó Kref—. Con voluntad, todo puede resolverse.

—Así lo espero. Deseo que se pongan todos al trabajo cuanto antes.

Siguieron varios días de actividad intensiva, sin incidentes, la cual puso calma y tranquilidad en todos los expedicionarios. Incluso renació el optimismo, como si todos desearan olvidar lo ocurrido.

Y así lo deseaba también Colette Darre, que invitó una noche a cenar a Jack en su cabina. Él, naturalmente, aceptó. Tenía deseos de charlar un rato con la fascinante muchacha, disipada ya la impresión de lo ocurrido.

Jack, vestido con uniforme blanco, de gala, sin casco, como si asistiera a una fiesta mundana, en La Tierra, llamó a la puerta de la cabina de Colette, a la hora indicada.

Ella, con una blusa muy corta, luciendo sus bien torneadas piernas y unos ajustados pantalones, color carne, que terminaban muy por encima de las rodillas, le abrió, extendiendo la mano.

Colette era muy femenina. En aquella ocasión, empero, se había arreglado esmeradamente, pintándose círculos rojos en torno a los ojos, según era moda en La Tierra, y una placa de plata cubría el puente de su nariz. La boca estaba pintada de verde «Horizonte». Llevaba guantes transparentes y un cinturón muy ancho.

—¡Caramba, Colette; estás deliciosa! No te había visto nunca tan bella.

—Me he arreglado para que me pidas en matrimonio.

—¿Habías en serio? — preguntó él, cerrando la puerta y viendo la mesa que Colette había arreglado con delicado estilo.

—Muy en serio. Sólo me preocupa que, siendo tú el comandante, no tenemos quien nos case a bordo.

Él soltó, una carcajada y abrazó a la joven.

—Eso está previsto. Cuando es el comandante de una nave quien contrae matrimonio, y a bordo no existe servicio religioso, el segundo oficial ejercerá las funciones de primero.

—¡Entonces no hay problema! —exclamó Colette—. Arthur Bloomer nos puede casar. ¿Por qué no tenemos servicio religioso a bordo?

—El Vaticano se opuso a enviar un sacerdote, dado el cariz pagano y técnico de esta expedición. Se reservan la opinión en cuanto a los hallazgos realizados y por realizar. ¿No estás enterada tú, siendo la ayudante de Sir Walter?

—Jamás ha querido saber nada de eso. Sir Walter sólo piensa en la arqueología pura. Pero no hemos venido aquí a hablar de nadie, excepto de nosotros. Siéntate. ¿Qué quieres tomar, antes de la cena? Me he gastado una fortuna en el Almacén de Víveres.

—¿Te han hecho descuento, siendo yo el invitado?

—No he querido decir nada a nadie. Alguien habría sentido celos.

—¡Eres adorable, Colette!

—Puedes llamarme Col, como hace mi padre y Sir Walter. Es más íntimo. ¿Refresco de fresas?

—Eso es química, cariño. ¿No hay nada natural en tu despensa privada?

—Eso es un secreto.

Jack se sentó en un cómodo sillón y comentó, pulsando así la integridad de Colette:

—Si apareciera el «Hombre de Piedra» en este momento...

El semblante de ella se demudó. Volvió el rostro en derredor.

—Por favor, Jack. Te ruego que no me recuerdes aquellos...

—No quería recordártelo. Aunque hay algo que me preocupa. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Prefiero cambiar de conversación. Pero si te ha de tranquilizar mi respuesta, hazla.

—Tengo una gran responsabilidad en esta nave. De haber sabido que Slater iba a morir, no habría aceptado el cargo de segundo. Por eso estoy inquieto. Dime, Col, ¿por qué te sacó aquello de la enfermería y te llevó al puente, sin estrangularte?

—No lo sé, Jack. Te lo aseguro. Mi miedo era tanto que me desmayé. Me llevó en brazos y me dejó en el suelo, dentro de aquel cuarto oscuro, quedándose allí, mirándome.

—¿Mirándote?

—Sí. En las cuencas de sus ojos había como una débil luz roja, que yo sentía fija en mis retinas — Colette se estremeció y se cubrió el rostro con las manos—. Por favor. Jack. No me lo recuerdes... El miedo vuelve a mí de nuevo, como si estuviese allí.

—No quiero recordártelo. Pero Slater fue estrangulado y tú lo viste. Olmen también murió ante ti. Supongo que ese engendro mataría también a Drexton y sus ayudantes, incendiando la sala de comunicaciones... ¿Por qué no te mató a ti?

—No lo sé. Ese monstruo luchaba contra todos los tripulantes de esta nave. Quizás, al verme atada de aquel modo, creyó que yo sería enemiga vuestra. No sé qué pensar. Pero la verdad es que no me hizo daño.

—Bien. Olvidémoslo. Dame ese refresco de fresas. No era necesario arreglarte tanto, Col. Me gustas sin maquillaje.

El semblante de ella empezaba a recobrar el color perdido. Hacía esfuerzos por animarse y lo consiguió. Brindaron juntos y se besaron tomándose en brazos.

Jack empezó a perder la noción de todo, porque Colette era más agradable y femenina de lo que él había imaginado. Y la velada prometía ser maravillosa.

En realidad, lo fue. Ambos eran jóvenes y tenían deseos de amarse y olvidar sinsabores. El amor, en tales casos, era un sedante maravilloso.

—¡Te adoro, Col; eres adorable! Desde aquel día en que te vi en la pantalla del televisor, no he dejado de soñar contigo.

—¿Dónde estabas aquel día, Jack?

—En la salita de un hospital, en Hiffa, La Luna. Habíamos sufrido un accidente y me lesioné ambas piernas.

—¿No te quedaron cicatrices?

—Ninguna, cariño.

—¡Eres admirable y valiente!

—Te amo.

—Yo a ti más.

* * *

Al cabo de un mes, el radiotécnico Djidny comunicó a Jack:

—Ya tenemos un radioemisor preparado, señor. Hemos realizado la prueba con resultado positivo. I.F.U. nos ha contestado.

—¡Eureka! — exclamó Jack—. Le felicito, Djidny. Eso es un buen trabajo. Voy a redactar un informe completo para que lo envíen a La Tierra sin pérdida de tiempo. Necesitamos toda la ayuda que las Fuerzas Espaciales puedan enviarnos.

—Por nosotros no se preocupe, teniente Bamik. Cumpliremos nuestro deber hasta el fin.

— Gracias. Eso es lo que espero de toda la dotación.

También habían más noticias alentadoras, que le facilitó Bloomer, el cual acudía diariamente a la sala de máquinas, donde se realizaban trabajos importantes. Se logró situar la nave orbital en superficie plana, ganando la inclinación en que quedó «UZ» cuando se produjo la caída. Ahora, una veintena de hombres trataba de reparar los desperfectos, habiendo retirado las planchas hundidas, moldeándolas en los talleres, y se colocaban de nuevo con sólidos remaches y soldadura especial.

Quedaba el problema de las máquinas multitubulares, de imposible

reparación. Pero en el informe de Jack Bamik se habían pedido repuestos y el gobierno respondió que se iniciaban los trámites para enviar lo que hiciese falta.

También se había confirmado el mando a Jack, hasta que llegase un nuevo «Space» Col. a ocupar el mando. Por ese motivo, Jack y Colette decidieron esperar el relevo para contraer matrimonio. Ya habían elegido la cabina que compartirían, en el último departamento del nervio neutral, con techo transparente para poder admirar las estrellas.

Y lo bueno era que no se había producido ni un solo incidente desde que Jack destruyera, en el puente, al «Homo ceresaes». Por ello, la tranquilidad y la esperanza volvían a reinar.

Esto fue motivo para que un día, Sir Walter Onsby, Peter Dugan y Wilhelm Kepteyn subieran al puente a solicitar permiso a Jack, a fin de realizar una salida al exterior.

—Deseamos volver al lugar donde Jacchia encontró aquella interesante sala.

Jack miró a los tres hombres.

—Esperaba que me pedirían ustedes eso. Y no puedo negarme. Les estoy muy reconocido por la ayuda que nos han prestado en las reparaciones llevadas a efecto. Ya no podemos hacer más y confiamos que pronto lleguen los auxilios que necesitamos.

»Por eso, no puedo negarles el permiso. La situación se ha normalizado y, en realidad, el motivo de este viaje es explorar estos mundos. Vayan, pues, y estudien.

»Sin embargo, deseo que me informen continuamente por radio de todo lo que ocurra. No puedo distraer hombres para que les acompañen, ni ustedes los necesitan. Si les ocurriera algún percance, inmediatamente acudiríamos en su ayuda.

—Gracias, teniente. No esperaba menos de usted — respondió Sir Walter —. Y permítame decirle que tenemos motivos más que sobrados para creer que las inscripciones fotografiadas en las máquinas oxidadas, corresponden a nombres, todavía sin significado, del hebreo antiguo.

—¿Quiere eso decir que los astronautas de Zeus llevaron consigo la escritura a La Tierra?

—¿Qué otra cosa podían llevar? Quizás se perdieron los textos de sus libros y escritos, pero alguien se cuidaría de transmitir a sus hijos las enseñanzas recibidas.

—Todo eso hay que demostrarlo — intervino Peter Dugan—. Ni siquiera estamos seguros de que sea cierto. Nos lo parece, pero nada más. Por ese

motivo queremos visitar el lugar y examinar las inscripciones directamente. Suponemos que deben existir otras salas, fósiles, algo más revelador y significativo.

—Les deseo suerte. Pueden ustedes emprender el viaje cuando quieran.

Los tres hombres de ciencia se prepararon y emprendieron la marcha al día siguiente. Jack no esperaba que hicieran ningún hallazgo verdaderamente espectacular, pero se equivocó... ¡Y el terror y las pesadillas habrían de volver acto seguido!

Jack estaba repasando las obras de las salas de máquinas, cuando le llamaron desde comunicaciones por unos visófonos interiores.

—Señor, el profesor Onsby desea hablarle inmediatamente. Algo ha ocurrido.

—¡Póngame con él, Djidny! — exigió Jack, presintiendo que se había terminado el sosiego en la «UZ».

Efectivamente, la alterada voz de Sir Walter llegó hasta Jack, expresándose en los siguientes términos:

—¡Teniente, no va usted a creerme! ¡Parece una pesadilla horrible! ¡Le hemos visto!

—¿Qué han visto?

—¡El «Homo ceresaes»!

—¡No! —exclamó Jack, desmayadamente.

—Sí. Surgió de una de las galerías. Vino hacia nosotros y quiso agarrar a Dugan. Yo grité y apagué la luz, para desorientarle, mientras intentábamos retroceder... ¡Pero de sus ojos surgía una luz roja!

Jack se estremeció involuntariamente.

—¿Dónde se encuentra usted ahora?

—No lo sé. Dentro de estos túneles. Creo que estoy desorientado y no logro hallar la salida. Me he separado de Peter y Wilhelm. Les he llamado pero no me contestan. Temo que les haya podido ocurrir algo.

—¡Voy inmediatamente para allá, Sir Walter! Siga informando. Captaré sus mensajes a través de las radios individuales. Hasta dentro de unos minutos. Vamos a equiparnos.

Jack cortó la comunicación y llamó a Arthur Bloomer, a quien dijo:

—Arthur, tome el mando. Me llevaré a dos dotaciones. Kref mandará una y yo la otra. Llevaremos barras de hierro y desintegrantes. ¡La expedición de Sir Walter está en peligro!

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre ahora?

—¡Ha aparecido un nuevo «Hombre de Piedra»!

La noticia se difundió rápidamente por la nave.

Jack estaba equipándose con su traje de vacío, para acudir al hangar en donde se encontraban las naves auxiliares, cuando Colette irrumpió en su cabina, demudada.

—¿Qué sucede, Jack?

—No lo sé. No debes alarmarte.

—¡Sir Walter ha visto al «Homo ceresaes»!

—Así parece. Pero no puede tratarse del mismo. Tú y yo sabemos mejor que nadie, cómo se desintegró. Y su mecanismo robótico, o lo que sea, está encerrado en la cámara acorazada del puente, donde nadie puede tocarlo.

—¿Está seguro de que continúa allí, Jack? ¡No han podido sacarlo y crear otro monstruo, para terminar con todos nosotros!

—No. Eso no puede ser. Nadie, excepto Bloomer y yo conocemos la combinación de la caja.

—¿Y si Bloomer...?

—¡Arthur es absolutamente fiel! Pero examinaré la caja antes de ir.

—Déjame ir contigo, Jack. No quiero quedarme aquí sola, sufriendo sin saber lo que ocurre.

—¡No! ¡Aquí estás más segura que afuera!

—No hay lugar seguro en ninguna parte, andando ese monstruo por ahí.

—No, Col, permanecerás en tu cabina, cerrada por dentro, y no abrirás a menos que sea yo quien te ordene abrir.

—Está bien, Jack.

Jack terminó de equiparse, para luego ir directamente al puente. Allí, junto con Arthur Bloomer, abrió la caja acorazada y pudo comprobar que el tubo plateado de origen extraterrestre continuaba guardado. Cerró la caja y dijo a Bloomer:

—Se trata de otro «Hombre de Piedra», Arthur. Casi hubiese preferido que se tratase del mismo. ¡Eso significa que pueden haber muchos!

»Será conveniente llevar a la doctora Ritchey Dile que esté preparada por si la necesitamos. Cuando la pida, envíamela con otra nave auxiliar.

CAPÍTULO VIII

El propio Jack pilotó la pequeña nave auxiliar, dirigiéndose hacia la especie de cráter en donde se hallaba la entrada a las tenebrosas galerías donde perecieran Jean Lyttleton y Raymond Willis. Los dos hombres que le acompañaban, al igual que él, iban provistos de gruesas barras de hierro.

Nada más saltar a tierra, se anudaron la cuerda de fibra metálica y encendieron las luces supletorias que habían colocado en sus cascos. En todo momento, Jack se mantenía en contacto con Sir Walter, quien dijo estar oculto en una hendidura, en plena oscuridad, sin atreverse a salir por temor a tropezar con el esqueleto fosilizado.

—¿Y dónde están Dugan y Kepteyn? — insistió Jack.

Sir Walter lo ignoraba. Los aludidos no habían dado señales de vida.

Con el presentimiento de hallarlos muertos, Jack descendió por la cuerda que sujetaban sus dos compañeros. Llegó al suelo carbónico y dijo:

—Ya está. Puedes bajar, Ian.

Ian Jacob descendió, sujeto ahora por la cuerda del tercer navegante, quedado arriba. En aquel momento tomaba tierra la nave de Kref, y de ella salieron cuatro personas, una de las cuales era Colette Darre.

Jack escuchó perfectamente la discusión que tenían Kref y Colette.

—¡Le digo que no, señorita! ¡Permanecerá usted aquí! ¡El teniente no ha autorizado su salida de la nave!

—No. Me he ocultado detrás de los asientos. No deseo quedarme en la «UZ». Presiento que algo terrible va a ocurrir en Kermes y deseo estar junto a Jack Bamik.

—¿Por qué has venido, Col? — preguntó Jack, furioso, a través de la radio.

—No quiero separarme de ti.

—¡No me gusta que hayas desobedecido mis órdenes, Col! No lo harás más, te lo aseguro. Ahora no puedo perder tiempo en hacerte volver. Únete a Kref y reúnete conmigo inmediatamente.

—Perdóname, Jack. Estoy muy nerviosa. No sabía lo que hacía...

—¡No hables ahora! Interceptas las comunicaciones de la operación de auxilio. ¡Dios mío, si te ocurriera algo no me lo perdonaría nunca!

—Haré lo que tú me digas. No me separaré de tu lado.

—¡Vamos, Kref, abajo todos!

—¡La luz rojiza, teniente Bamik! — se oyó gritar en aquel instante, a través de los auriculares, la aterrada y descompuesta voz de Sir Walter—. ¡Se aproxima en la oscuridad!

—¡Defiéndase con lo que tenga a mano! ¡Piense que es un objeto vulnerable! —respondió Jack, ya corriendo, libre de la cuerda, por el túnel.

La potente luz de su casco era absorbida en parte por las negras paredes. Detrás de él corría Ian Jacob.

—Cuidado, Ian — exclamó Jack al llegar al lugar donde Lyttleton y Willis perdieron la vida—. Cualquier vibración en este lugar puede provocar un derrumbamiento.

El angustioso chillido de Sir Walter les ensordeció, Jack hubo de apresurar el paso.

—¡Veo luz! — gritó en aquel instante Sir Walter—. Y veo al «Homo ceresaes» acercarse. ¡Parece que me ve en la oscuridad!

—¡Escape! — gritó Jack—. No se deje agarrar.

Jack y Ian continuaron adelante, pero se detuvieron al escuchar de nuevo la voz desesperada de Sir Walter:

—¡La luz se ha ido!

—Debía ser la nuestra. Retrocedemos. Avísenos si...

—¡Aaaagh! ¡Me agarra!

De un salto, Jack retrocedió unos metros. Entonces vio una fisura en el muro, capaz de permitir el paso de un hombre. Y en el suelo carbonífero descubrió las inconfundibles huellas de un descarnado pie.

—¡Aquí! ¡Socorro! — gritó Sir Walter.

Las pesadas botas magnéticas que calzaba Jack le impedían moverse con la facilidad que él hubiese deseado. Aún así, fue lo suficiente rápido para penetrar en la fisura, seguido de Ian Jacob. Las luces que ambos llevaban en los cascos inundaron de claridad aquel lugar.

Y Jack pudo ver, a menos de seis metros, los huesos fosilizados y recubiertos de roca basálticas, que formaban el siniestro y espantoso esqueleto de un «Homo ceresaes», que avanzaba hacia donde Sir Walter Onsby estaba acorralado, sin posibilidades de escapar.

—¡Noooo! ¡No! — aullaba desesperadamente el científico.

La luz provocó la reacción del siniestro fósil, que se volvió. Jack pudo ver la intensa luz roja de sus cuencas, como si los vidrios situados en su interior centelleasen.

Jack atacó en aquel instante, armado de la barra de hierro. El fósil «pretendió» esquivarlo, pero el hierro pegó sobre su deformado hombro derecho. ¡Y todos los huesos del brazo se desprendieron!

Otro golpe, ahora al cráneo, hizo contraerse al esqueleto fosilizado. Ian Jacob también golpeó, ayudando a Jack, y entre ambos terminaron con aquel espectro siniestro, que se derrumbó, agrietándose como si fuese un compuesto de millones de fragmentos de arcilla.

Ya no se movió más y sus huesos empezaron a convertirse en polvo.

—¿Sir Walter? — llamó Jack.

El científico no respondió, postrado en el suelo, sin sentido. Cuando se acercaron a él comprobaron que el miedo le había hecho perder el conocimiento.

—Atiéndele, Ian. Yo recogeré el tubo plateado que ese esqueleto debe llevar en su interior.

Así era, efectivamente. Al transformarse en polvo, el repelente individuo dejó ver la cápsula y el cable flexible, al extremo de cuyas puntas estaban los cristales rojos.

En aquel instante llegaron Kref y sus compañeros. Con ellos venía también Colette, que no llevaba arma alguna en las manos. Jack se acercó a ella y le dijo, mirándola a los ojos a través de los cascos transparentes:

—No te separes de mi lado. Kref, hay que buscar a Wilhelm Kepteyn y Peter Dugan. Algo les ha debido ocurrir, pero no pueden estar muy lejos... ¡muertos o vivos!

* * *

Se encontró a Peter Dugan, con el casco roto, tendido en el pasillo rectangular que conducía a la sala de máquinas oxidadas. Algo o alguien le había golpeado violentamente, rompiéndole el casco y dejándole aturdido. La falta de oxígeno le asfixió.

Al efectuar el reconocimiento de Dugan, Jack musitó:

—No es probable que le golpease el «Homo». No llevaba ningún objeto contundente, y con los huesos se los habría partido. Ha sido un golpe tremendo, con algo pesado y de acero, como mínimo.

—¿Y el señor Kepteyn? — preguntó Colette, apenas sin voz.

—Hay huellas sobre el polvo. Pero pueden ser nuestras. Seguiremos hacia adelante. Kref, sitúese a mi lado. Tú, Colette, detrás de mí.

Dos navegantes levantaron el cuerpo sin vida de Dugan, retrocediendo con él, para sacarle de la galería. No fueron muy lejos. Una llamada del grupo que se había quedado en la galería exterior, intentando reanimar a Sir Walter, les avisó.

—¡Se ha desplomado el techo y todo está invadido de polvo negro! ¡No podemos salir!

—¡Llamad a la nave que vengan a socorrernos! — ordenó Jack, deteniéndose.

—¿Y si las ondas de radio no pueden atravesar el obstáculo, como le ocurrió a Jacchia? — inquirió Colette.

—Jacchia nos mintió. Estoy seguro de ello. ¡Bloomer! ¿Puedes oímos?

Un dramático silencio siguió a las palabras de Jack.

—¡Contesten los de la «UZ»! ¿Me oye, Djidny? ¡Bloomer!

—Lo siento, teniente Bamik — musitó Kref—. No pueden oímos.

Y fue precisamente en aquel instante cuando el suelo tembló violentamente, como sacudido por un tremendo seísmo, derribando a todos los que estaban de pie en la galería, desprendiéndose grandes bloques de óxido del techo y llegando hasta ellos el exterior rugido de un espantoso trueno.

Las luces danzaron en los cascos, al caer los hombres, formando una zarabanda dantesca de haces de luz opaca, puesto que el polvo eclipsó casi por completo la claridad.

—¡Colette! — gritó Jack, frenético.

—¡Aquí!

El suelo seguía temblando. Se abrió una enorme grieta en el muro, el suelo y el techo, y alguno de los navegantes cayó en ella, desapareciendo en el agujero.

Jack, completamente estirado en tierra, de bruces, sentía oscilar todo en torno a él. No podía levantarse, porque hubiese caído. Y el rugido del seísmo impedía escuchar los gritos que llegaban de todas partes, proferidos por sus hombres.

—¡Por el amor de Dios Jack; sácame de este espantoso infierno!

Era la voz desesperada de Colette, aunque Jack no podía precisar donde se encontraba.

Por suerte, el temblor cesó lentamente y se hizo el silencio, que fue seguido de varias voces, unas de angustia y terror y otras de dolor y sufrimiento. Ian Jacob era el que más plañidos emitía, porque un enorme bloque de piedra le había caído encima, aplastándole de cintura para abajo.

Kref lo descubrió y palideció de terror. Nadie podía salvar al infortunado Ian.

—¡Sacadme de aquí! ¡Socorro!

Kref sólo vio un modo de aliviar el sufrimiento de aquel infeliz y recurrió a su pistola desintegrante. Jack le impidió usarla, sujetándole la mano y diciéndole:

—Déjele. Morirá de un momento a otro.

Ian debió escuchar aquellas palabras. Sus manos se extendieron, crispándose, para luego caer desplomadas, sobre el suelo que había dejado de ser liso y polvoriento.

El polvo estaba ahora suspendido en el vacío. Las luces de los cascos de Kref y Jack apenas podían disiparlo.

—¡Colette! ¿Sil Walter?

Colette estaba al otro lado de la brecha que se había abierto en el terreno. Por fortuna, cuando ella respondió a la llamada de Jack, éste no cayó en el abismo porque el instinto le advirtió.

—¡Cielo santo! ¿En qué se ha transformado esto? ¿Qué ha sucedido aquí?

—Parece como si hubiese estallado el planetoide — murmuró Kref.

—¡Jack, ven conmigo!

No era fácil orientarse. La radio transmitía las palabras, pero no indicaba de qué lugar procedían.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí!

—Mueve la cabeza de arriba abajo para que perciba tu luz.

La claridad que venía del otro lado de la grieta se movió arriba y abajo.

—Está ahí. Pero hay una brecha en el piso — dijo Kref.

—No te muevas de donde estás, Colette. Esperemos a que se disipe el polvo.

Fue una acertada medida de Jack. Aunque lentamente, el denso polvo provocado por el cataclismo iba cayendo pausadamente, falto de peso en un mundo sin aire. Poco a poco, pudieron verse y descubrir la anchura de la grieta que había separado el túnel, que no tenía más de dos metros.

Un salto con el pesado traje de vacío habría sido peligroso. Pero las barras de hierro, procedentes de un almacén de barras de la nave, tenían rosca por un extremo y por el otro un agujero roscado. Jack unió tres barras, la suya, la de Ian y la de Kref, y formó una sola barra de casi cuatro metros, que tendió

sobre la hendidura. Luego, se agarró a la barra y, deslizándose por ella, alcanzó el otro lado, izándose fácilmente y cayendo en brazos de Colette.

Kref también se unió a ellos.

—No sé dónde estamos ni qué dirección es la que debemos tomar para intentar salir de aquí — habló Kref, mirando hacia el túnel.

—Creo que por ahí se va a la sala de máquinas oxidadas — indicó Jack —. Vayamos adelante. Pero llevemos las barras de hierro.

Kref recuperó la barra, las desunió y dio una a Jack y otra a Colette, cuyas manos temblaban y parecían que no iban a poder sostener su peso. Se la colocó al hombro, empero, y siguió a Jack, pegado a sus talones.

El túnel estaba sembrado de obstáculos. Enormes bloques de lo que parecían paneles de hierro oxidado obstruían el paso. Al levantar la cabeza, mirando al techo, Jack exclamó:

—¡Mirad, se ve el firmamento estrellado! ¡Hay una salida!

—Sí, pero, ¿cómo alcanzarla? Además es muy estrecha. Quizás encontremos otro paso o salida.

Siguieron adelante, hasta encontrar la entrada de la sala de máquinas, lugar que también estaba notablemente cambiado, por el hundimiento del techo al ceder algunas de las columnas que lo habían sostenido. Y allí no existía ninguna máquina en condiciones de ser examinada. Todo eran montones de tierra rojiza, bloques estriados de óxido, confusión, tierra carbonizada y polvo.

—Esta ha sido sacudido por un terremoto — observó Jack—. Pero ha de existir algún modo de salir a la superficie. Será mejor que volvamos a donde está la grieta en el techo. Uniendo las barras podemos abrir brecha e intentar salir. Temo que haya sucedido alguna catástrofe en la «UZ». Me extraña que no oiga Djidny nuestras voces.

El silencio exterior era ominoso. Nadie, excepto ellos tres hablaba por radio, como si todos hubiesen perecido en el seísmo.

Obedeciendo a Jack, regresaron al lugar donde continuaba viéndose el terciopelo estrellado del firmamento. Desde el túnel hasta la superficie habían unos ocho o diez metros. Jack intentó trepar hasta la fisura, apoyándose en la barra de hierro, y logró afianzarse al muro, que era de roca bastante dura. Sin embargo, se dio cuenta de que había un punto por el que no podría pasar, dada su angostura. Decidió descender y una vez abajo, junto a Colette y Kref, desenfundó su desintegrador.

—Abriré paso con esto... Retiraos un poco.

Colette y Kref obedecieron. Jack disparó hacia la fisura del techo,

logrando ensancharla. Rocas y polvo cayeron lentamente junto a él, al retirarse.

—Creo que ahora lo conseguiremos — dijo Jack, al enfundar el arma desintegrante.

Se inclinó a recoger la barra del suelo, cuando Colette exclamó:

—¡Mira, Jack!

Él se volvió, viendo descender una cuerda de fibra metálica a través del agujero practicando en el techo.

—¡Hay alguien arriba! — gritó también Kref —. ¡Están intentando ayudarnos!

Jack agarró la oscilante cuerda e intentó mirar hacia arriba, sin lograr ver nada. El polvo continuaba cayendo lentamente e impedía ver las estrellas. Pero observó que la cuerda estaba tensa, como si la hubiesen afianzado sólidamente a la parte superior.

—En efecto — asintió Jack—. Han debido ver el disparo de mi desintegrador o han escuchado nuestras voces.

—¿Y por qué no contesta, quienquiera que sea? — inquirió Colette.

—Tal vez su radio ha quedado averiada — comentó Jack—. Quizás puedan oírnos y no hablarnos. De todas formas, pronto vamos a salir de dudas. Voy a salir. Tú me seguirás, Col. Kref irá detrás de ti.

Sin esperar respuesta de sus compañeros, Jack se agarró a la sólida cuerda de fibras metálicas y empezó a trepar con facilidad. La grieta se había agrandado, gracias al poder desintegrante del arma, y Jack no tuvo mucha dificultad en trepar, apoyando los pies en el aún caliente muro, hasta alcanzar la superficie, donde su potente luz quedaba un tanto eclipsada por los directos rayos del sol, a cuya claridad vio Jack la figura de Carol Ritchey, inclinada sobre un soporte hundido en tierra, en donde se sujetaba la cuerda.

Salió al exterior y se acercó a la doctora, mirándola con interés.

Carol le hizo señas con las manos, señalando a donde se posaba una pequeña nave auxiliar, situada a menos de veinte metros, sobre el rugoso terreno de Hermes.

—¡Doctora Ritchey! ¿Qué le ocurre a usted? ¿Qué hace aquí?

Ella hizo gestos y movió los labios. Pero ninguna palabra llegó hasta Jack, el cual comprendió que, efectivamente, la radio del equipo de Carol estaba estropeado.

Además, observó que su traje de vacío estaba sucio y arañado.

Se acercó a ella y examinó la radio que llevaba al costado. No tardó en

ver los cables rotos. Mientras intentaba unirlos, del agujero, detrás de él salió la cabeza de Colette.

Al unir uno de los cables, la voz de Carol Ritchey llegó claramente a oídos de Jack:

—¡... destruido! ¡Todos han debido morir, Tte. Bamik!

—¿Qué dice usted?

El cable se había separado y la voz de Carol se apagó. Pero, unos segundos después, Jack los volvió a unir de nuevo.

—Le oigo perfectamente, Tte. Bamik. ¿No me oye usted a mí?

—Ahora sí. ¿Qué ha sucedido?

Colette se acercó, frotándose los guantes de las manos.

—¡La «Universaes Zeus» ha estallado, desintegrándose! — exclamó Carol—. Yo estaba a punto de salir cuando se produjo la terrible explosión. Apenas tuve tiempo de saltar dentro de la nave auxiliar. Los otros navegantes no pudieron seguirme. Fui lanzada a gran distancia... ¡Oh, ha sido algo espantoso!

Jack se quedó como de piedra, aturdido y confuso, sin acabar de creer lo que estaba oyendo.

—No, no es posible. ¿Cómo pudo ocurrir?

—Lo ignoro. El subteniente Bloomer me había ordenado que fuese al hangar número dos, para salir con una nave auxiliar. Me dijo que Sir Walter Onsby necesitaba ser atendido.

»Acudí al hangar. Los navegantes se habían provisto de esta cuerda y esperaban unas barras de hierro. Entonces, todo tembló y las paredes empezaron a ponerse rojas.

»La nave esa, en la que yo estaba sentada, salió por la rampa. Apenas tuve tiempo de darme cuenta de nada. Pero vi la «UZ» envuelta en una gran llamarada, antes de desaparecer.

»Logré ponerme en pie, porque la nave auxiliar daba enormes bandazos y hacerme con los mandos. Debió ser entonces cuando se me rompió la radio. Pude aterrizar ahí y fue entonces cuando escuché sus voces y vi el rayo desintegrante. Por eso vine a echarles una cuerda.

—Gracias, Carol — murmuró Jack—. Esto es más terrible de lo que suponía. Si se ha perdido la «UZ» estamos en una situación espantosa. ¿No ha visto otros supervivientes?

—No.

—Pero, ¿es que estamos malditos? — preguntó Kref, con acento de infinita desesperación.

—Tal vez sea eso. Yo no era supersticioso, pero empiezo a serlo.

—Yo sé quién es el culpable — dijo entonces Carol Ritchey.

—¿Lo sabe? ¡Dígamelo!

—Lo descubrí por casualidad y porque Sonia cometió un error con el encefaloscopio. No me va usted a creer, Tte. Bamik, porque yo tampoco acabo de creerlo. ¡El culpable de todo esto es Giovanni Jacchia!

—No. Ese hombre está muerto.

—Lo dudo mucho. Yo comprobé su muerte y los navegantes lo enterraron, pero presiento que está vivo. Escuchen. Sonia quiso conocer el funcionamiento de la máquina. Un navegante amigo suyo, con el que creo que tiene algún secreto, la ayudó. Yo estaba descansando. Y algo debió ocurrir porque en vez de la voz del navegante, surgió la de Jacchia, que había quedado grabada.

»¡Y las cosas que oí decir a Jacchia me pusieron los cabellos de punta! Dijo que el «Homo ceresaes» se llama M'mut y que él es un vigía eterno, zeusiano, llamado Dagma, que muere y resucita y fue encargado por la Tribuna de Zeus para cuidar eternamente de que nadie perturbe el reposo de sus antepasados.

En los labios de Carol Ritchey, aquellas palabras parecían ser normales. Pero su significado no podía ser más sobrenatural, Jack instantáneamente había dado con la verdad.

—¿Y quién ha destruido el «UZ», si Jacchia está muerto?

—Jacchia no ha muerto. No puede morir jamás — habló Colette, en aquel instante, retrocediendo unos pasos y mirando a sus compañeros.

¡Jack quedó aterrado al ver fluctuar una luz roja en los ojos de la mujer que amaba!

CAPÍTULO IX

—¿Colette! — exclamó Jack—. ¿Qué te sucede?

—Tranquilízate, Jack. Esto tenía que suceder, porque era inevitable. ¡No toque su arma, Kref!

Al decir esto, Colette extendió una mano. Y el suboficial Kref, que había intentado desenfundar su desintegrador, sintió un fuerte calambre en el brazo, el cual le quedó rígido a lo largo del cuerpo.

—Estoy provista de un fuerte poder mental y neutralizaré con vivo dolor todos los movimientos que hagáis.

—Pero, ¿quién eres tú? — inquirió Jack.

—He reencarnado a Dagma — dijo Colette, seriamente—. Cuando Jacchia murió, su poderoso espíritu se apoderó de mí. Por eso vino M'mut a buscarme a la enfermería, matando a Olmen y llevándome al puente, para instruirme en mi deber.

»Jacchia acababa de morir en su encierro. Yo fui la elegida por su suprema voluntad para continuar su sagrada misión. Nadie, ningún extraño, terrestre o de otro planeta, puede turbar el eterno descanso de los «zeusianos».

»Por eso Jacchia mató a Jean Lyttleton y Raymond Willis. M'mut, que ahora obedece mis mandatos y antes obedecía los de Jacchia, es el ejecutor. Hay millares de Mamuts sepultados en Hermes y en otros planetoides, restos del antiguo y poderoso Zeus, que fue el primer planeta habitual del Sistema Solar.

—¡No es posible! ¡Yo no puedo admitir esto, Colette! — exclamó Jack—. ¡Es inaudito!

—Por inaudito que os parezca, es cierto. El poder de Dagma está ahora en mí y debo cumplir mi sagrado deber. ¡Tenéis que morir todos! Nadie puede conocer el secreto de Zeus, sepultado en el tiempo. La Tribuna así lo decidió antes de inmolar al insensato pueblo zeusiano.

—¿Cómo sabes tú todo eso, Colette? — interrogó Jack, atónito y confuso.

—Soy Dagma. Yo sobreviviré al desastre del «UZ». Seré rescatada por las Fuerzas Espaciales que vienen en nuestro socorro y me devolverán a la Tierra. Lo que yo les cuente será lo que creerán, porque ni ellos ni vosotros podéis concebir la verdad.

»No es mi voluntad la que ha resuelto. Es Dagma. Yo he dejado de ser Colette Darre para convertirme en Dagma. Yo dirijo mentalmente a M'mut y le hago actuar, porque mi mente solidifica es la energía que necesita M'mut para moverse y atacar.

»Esa es mi fuerza. Dirijo hacia el subsuelo donde yace M'mut una corriente de energía vital, la cual se condensa en su interior, formando el tubo de control zeusiano, como el que tú viste aparecer entre los restos de M'mut, al destruirle.

»Se trata de un condensador creado por energía mental. ¿Imaginas la fuerza y el poder de Dagma, inextinguible y eterna? Eso fue lo que decidió la Tribuna de Zeus, en cuyo poder estaba la sabiduría de todas las ciencias.

»En Zeus era imposible vivir cuando se decidió la inmolación. Algo semejante a lo que ha ocurrido en la Tierra durante miles de años. El odio, la injusticia, la vejación, el crimen. La humanidad no es mala del todo, porque el subconsciente frena. Es la herencia de nuestros antepasados, que se rebela siempre, la conciencia.

»Pero si el odio se acentuase, si las gentes vivieran acometiéndose, sin respeto de hijos a padres, ni de jóvenes a ancianos, la humanidad habría de pensar en la autodestrucción.

»Eso ocurrió en Zeus. La ciencia era casi ilimitada. Se alcanzaba ya el poder divino y no se respetaban las leyes sociales. Cada uno luchaba para sí mismo, matando y robando a los demás, para, a su vez, caer víctima de otro zeusiano más fuerte.

»Era la degeneración absoluta. La Tribuna decretó el exterminio. Más no quiso que la raza desapareciera, y envió al planeta virgen que entonces era la Tierra, una expedición para repoblar y reproducirse. Naturalmente, se eligió a las personas menos degeneradas. Se les dio libertad pero no cultura. Era necesario retrasar lo más posible el progreso de aquellos seres, los cuales tuvieron que luchar para aclimatarse al nuevo ambiente.

»Con ellos fue «El vigía eterno», el testigo, el guardián, el espíritu inmortal, cuya misión era observar, vigilar y ocupar un nuevo cuerpo humano, cada vez que le llegaba la hora de morir.

»Ese soy yo, Dagma conocedor del pasado de Zeus y de la Tierra, los mundos hermanos.

—Pero, ¿por qué impedir que descubramos el secreto del pasado? —preguntó Carol Ritchey.

—Ya os lo he dicho, pero no comprendéis. Si la Humanidad averigua cómo desapareció Zeus, nadie podrá evitar que los hombres repitan su historia. No hay nada nuevo en el tiempo ni en el sol y la tentación es un deseo ingobernable.

»Cuando se tiene de todo, cuando se ha conquistado la plenitud del bienestar, cuando ya no se puede apetecer más, ¿qué ocurre? El hombre sigue pensando, ansiando, busca, y la incógnita del más allá le tienta. Empieza matando a su semejante, abandona su deber, olvida el trabajo, se arruina

espiritualmente.

»La ley no puede frenarle, puesto que la ley es la espada de unos pocos en beneficio de todos los demás. Pobres de vosotros cuando ocurra que los fuera de la ley son más que los dentro de la ley. Se habrá roto el equilibrio y la locura se extenderá por todas partes, sembrando de dolor y muerte el mundo.

»Eso es preciso evitarlo. Es necesario demorar el progreso, o, al menos, evitar que la historia de Zeus pueda ser conocida en la Tierra.

—Es la estupidez más insensata que he oído jamás— declaró Jack—. Nosotros conocemos la historia de Sodoma y no se nos ocurre imitarla.

—¡Ignorante! — replicó Colette—. No la imitáis porque no podéis. Pero la historia de Zeus se había repetido, y se viene repitiendo desde los principios de la vida. ¿Crees acaso que la vida nació en Zeus?

»La vida es más dilatada de lo que vosotros podéis comprender aún. Antes de que naciera el sistema solar, seres distintos a vosotros ya vivían en otras galaxias. Primero eran seres primitivos, luego se iban civilizando. Se conquistaban otros mundos, se hacían razas poderosas, hasta que algo los aniquilaba. Todo nace y muere. Es la ley natural.

»La Tribuna de Zeus sabía eso, y se esforzó por cambiar el destino de los seres. Tenía que ser así o, al final, las razas desaparecían totalmente. Y sin seres, el universo no tendría razón de ser. La magnitud de este hecho es demasiado enorme para que pueda albergarse en vuestras mentes insignificantes.

»Yo, que he vivido noventa y dos mil millones de años, tampoco acabo de asimilar la verdad absoluta, pero la intuyo. Sé que es así. Y vosotros debéis ser sacrificados, cegados, para que el secreto de Zeus permanezca en sus tumbas hasta que las razas de este sistema se trasladen a otros mundos distantes y el peligro de volver al odio desaparezca.

»Yo sólo actúo en vuestro bien, aunque para ello tenga que exterminar a unos cuantos.

»Un centenar de arriesgados que desaparecen en la pugna por la verdad no cuentan.

—¡Pero esa verdad no nos llevaría jamás a destruirnos unos a otros! — exclamó Carol—. La humanidad ha aprendido mucho. Y si somos descendientes de los hijos de Zeus, la conciencia unitaria nos aleja en vez de acercarnos al pasado, para imitarlo.

—¡No, la Tribuna no podía equivocarse! ¡Su ciencia era muy superior a la vuestra actual!

—Creo que comparar lo que no existe con lo existente es una aberración — observó Jack —. No trato de convencerte, Colette. Lamento el tener que

perderte, porque te amo. Y tampoco siento la muerte que puedes provocarnos, si eso es lo que has de cumplir.

»Pero debe existir un error tremendo. Yo sé que el hombre no se exterminará entre sí. El hombre se une ante el peligro común. Si «UZ» desaparece y morimos noventa personas, en la Tierra quedan diez mil millones más que harán lo imposible por averiguar las causas de nuestra desaparición.

»Nadie se conformará con el pretexto del accidente, y más habida cuenta de que ya he informado sobre las anormalidades ocurridas. Mi informe no será creído en la Isla Flotante Universal. Pero si desaparecemos todos, investigarán. Vendrán más geólogos. ¿Piensas acabar con todos?

»Tú sabes que hay millones de hombres como Sir Walter, que no renuncian a descubrir los secretos del pasado. La teoría de Sir Walter ha sido aceptada y la I.F.U. ha promocionado la exploración del «UZ».

»¡Mátanos y tendrás aquí a las fuerzas espaciales! ¡Vendrán a millares! Tú eres mortal, Colette; tú sabes que eso es cierto! ¿Y que hará ese Dagma que hay en ti? ¿Seguirá oponiéndose porque unos seres, ya extraños y distantes, cuya mentalidad no podía, comprender lo que pasaría con otra civilización, te mandaron proteger el secreto de los zeusianos?

»¿No crees que siendo tú la heredera de esa extraña labor debías admitir que la Tribuna se equivocó?

—¡No! ¡Si se hubiesen equivocado yo no tendría razón de ser como Dagma! ¡Y ese poder lo siento aquí, dentro de mí! ¡Lo veo y lo palpo!

—Bien, elimínanos, Colette — dijo Jack—. Paralízanos y haz que alguno de tus M’muts nos elimine. ¡Hazlo, cumple tu sagrado y ancestral mandato!

—Puedo elegir mi muerte, Jack — musitó Colette—. Puedo dejar que seáis vosotros los que me matéis, y en el último instante elegirte a ti como sucesor mío. ¡Puedo transmitirte el poder de Dagma!

—¡No! ¡Reniego hasta del amor que siento por ti! ¡Si eres libres de actuar, vente con nosotros, revela al mundo el poder de los zeusianos, no me importa que en ti haya un monstruo! Yo te veré siempre como eres por fuera. ¡Rechaza la orden de Jacchia!

—No puedo, Jack. ¡No puedo!

Alguien se movía penosa y lentamente dentro de una fisura del terreno. Era un hombre que estaba escuchando la conversación a través de la radio individual de su casco. Una persona que empezaba a comprender la verdad de todo cuanto había sucedido.

Sir Walter Onsby se arrastraba. Al desplomarse el techo de la galería, había sufrido un terrible golpe en el pecho y sentía que la vida se le escapaba

por la sangre que iba inundando su traje vacío.

Una fuerza extraña, sin embargo, alentaba aún en aquel hombre que dedicó su vida a descubrir el misterio del planeta desaparecido.

Sir Walter empuñaba una pistola desintegrante.

Se moría pero aún le quedaban vestigios de razón. Y quería acabar cumpliendo un deber. Por esto se acercaba lenta y fatigosamente hacia el lugar donde se celebraba la revelación más insólita e increíble.

Sir Walter no quería hablar. Podía hacerlo y no lo hizo. No le importaba ya su vida, ni nada. Sólo tenía una idea fija en la mente. Era preciso matar a Colette Darre, aunque la quisiera como a una hija.

¡Tenía que matarla! Y sólo él podía hacerlo.

Dentro de la fisura abierta en el suelo, el casi acabado geólogo acudía a su cita con la muerte.

Se agarró a un saliente y logró izarse, penosamente. Estiró la cabeza. Y a la luz irreal del distante sol, vio las figuras a escasa distancia. Las vio con neblina en los ojos, porque su vista se apagaba.

Reconoció a Jack Bamik, a Carol Ritchey y al suboficial Kref. ¡Y también vio la espalda de Colette!

Escuchó decir a la joven en cuya mente y cuerpo se había introducido el espíritu demoníaco de Dagma:

— Lo siento, Jack. Te hubiese querido y amado hasta la muerte. Tengo poder para aniquilarte. Quizás te recuerde mientras viva como el amor más puro que haya sentido nadie. ¡Pero debes morir!

Sir Walter Onsby alzó la mano. El desintegrador apuntó a Colette. La distancia era suficiente.

Y, de pronto, Colette se volvió, lanzando un grito. Su fuerza mental actuó al mismo tiempo que la fuerza, casi extinguida de Sir Walter. El rayo desintegrante partió, ígneo y fatal, a su encuentro.

Envuelta en un rayo de luz, Colette se contrajo. Y su último deseo se cumplió, paralizando a Sir Walter definitivamente. No pudo hacer más. Su estado físico era destructible. La desintegración la envolvió.

Y su último deseo no pudo realizarse. Murió instantáneamente, sin poder transmitir el espíritu que le había sido legado hasta la eternidad.

Fue un chispazo violáceo, espectacular y siniestro, que engulló totalmente su figura. Y murió al mismo tiempo que Sir Walter, no quedando nada de ella.

Jack sintió que podía moverse. Cerró los ojos y retrocedió. Luego, se movió hacia el lugar en donde Sir Walter Onsby había quedado fulminado.

Se arrodilló, dentro de la zanja, junto al cuerpo. Carol Ritchey llegó corriendo, seguida de Kref.

—¿Qué?

—Ha sido Sir Walter. No sé de donde ha salido ni como ha podido llegar hasta aquí. Pero ha sido él.

Hubo un silencio angustioso entre los tres. Nadie se atrevía a despegar los labios, como si temieran que la odisea continuaba, como si no estuviesen allí.

—Creo que todo ha terminado.

—Sí. Lo siento, Jack Bamik.

—Yo también — añadió Kref—. ¿Quién iba a imaginar que ella...?

—¡No digáis nada más! ¡Basta! — chilló Jack, llevándose las manos al casco—. Olvidémosla.

—¿Es cierto? — preguntó Kref.

—¿Por qué no ha de serlo? No hay otra explicación plausible a todo lo ocurrido.

—Entonces... — empezó a decir Carol.

—Ella ha muerto ya.

—Pero alguno puede haber recibido su herencia.

Se miraron, con recelo. Jack se apresuró a decir:

—Me temo que no. El ataque de Sir Walter se ha producido demasiado rápidamente. Ella lo intuyó en el último instante, al volverse. Sólo pudo defenderse, pero no pensar en dejarnos su desesperada herencia. ¡Yo no soy Dagma! ¿Y tú, Carol?

La doctora negó con la cabeza.

—Sólo tengo un modo de demostrar que yo tampoco soy Dagma — dijo Kref, sacando su desintegrador y apuntándose a la cabeza —. No quiero vivir más. ¡Me he vuelto loco!

Jack hubo de saltar y le arrebató el arma a Kref, para impedirle que se matase.

—¡No está loco, Kref! ¡Ni tiene que demostrarlo! ¡La verdad ya se sabe! ¡Yo la he divulgado, está escrita en el espacio, con letras imborrables! ¡Nadie puede ocultar la verdad ni la historia!

»Vendrán a socorrernos y yo hablaré.

Jack habló ante el parlamento mundial de la I.F.U. un mes más tarde. Estenotipias electrónicas copiaron sus palabras y las enviaron al universo

entero.

Testigos suyos fueron Carol Ritchey y Leo Kref, los tres únicos supervivientes de la «UZ». Parecía increíble todo lo que dijeron, pero tenían pruebas poderosas que esgrimir.

Una expedición volvió a Hermes, donde se realizó una exploración. Y la verdad quedó al descubierto.

Después de su declaración, Jack se sometió a un reconocimiento médico. Los siquiatras consideraron que la impresión sufrida había sido demasiado fuerte y que denotaba trastornos mentales.

Así debía ser, en efecto, porque padecía pesadillas y alucinaciones, relacionadas con la historia de la «UZ». Con él, Carol y Kref fueron enviados a un nosocomio de los Alpes, donde les atendieron amablemente, sometiéndolos a tratamiento.

Una tarde, Jack salió a pasear por el jardín. No sabía que Carol Ritchey estuviese con él. Recibió una preparada sorpresa al verla. Ignoraba que varios médicos les estaban observando por televisión indirecta.

—¡Doctora Ritchey! — exclamó, acercándose.

—Hola, Jack. Creí que no ibas a reconocerme.

—¿Por qué dices eso?

—¿Sabes qué lugar es este?

—Sí, una casa de salud. Recibí un «shock» mental a causa...

—Olvídalo. Yo lo he olvidado casi todo.

—No lograré olvidarlo. Pero lo aceptaré como algo pasado, inevitable y penoso.

—¿La querías mucho?

—Sí.

—¡Qué pregunta más tonta la mía! ¿Damos un paseo? Este paraje es bonito.

Caminaron en silencio durante unos minutos. De pronto, Carol se detuvo y se volvió a Jack.

—¿Por qué no empezamos de nuevo a vivir, Jack?

—¿Juntos?

—Sí. Las naves del espacio pueden llevar un Capt, y una doctora.

Él sonrió tristemente.

—No hay nada malo en intentar quererte.

—Si te lo propones, puedes conseguirlo. Sería mejor para ambos.

—¿Para ti también?

—Yo hace tiempo que te quiero. ¡Antes que ella!

Él la miró fijamente y luego tomó sus manos.

—Sí — musitó —, podemos probar. No creo que sea igual, pero algo debemos hacer.

—Igual no será, pero puede ser mejor, Jack.

—¡Lo desearía tanto!

Se besaron. Y el pasado se borró en el encuentro de dos almas que habían nacido la una para la otra.

FIN